

# TERENCIO

José Juan Del Col

Instituto Superior “Juan XXIII”  
Bahía Blanca (Argentina)  
2008

by Instituto Superior “Juan XXIII”

Vieytes 280, 8000 Bahía Blanca, Argentina

ISBN:

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentine

TERENCIO:

EL EUNUCO

Introducción, versión y notas  
de **José Juan Del Col**

#### NOTA BENE

En atención a los lectores que ignoren el latín, traducimos la palabras o frases de ese idioma que se citen en el presente trabajo. Por el mismo motivo, en relación con la ortografía española, atildamos las palabras latinas esdrújulas, pero no las graves o llanas terminadas en consonante, advirtiendo que en estas el acento prosódico cae en la penúltima sílaba; advertimos además que no hay palabras latinas agudas.

# INTRODUCCIÓN

## Cronología de *El eunuco*

La cronología de *El eunuco* constituye un verdadero acertijo para los estudiosos de Terencio. En efecto, según todos los códices manuscritos, *El eunuco* sería la segunda de las seis piezas del comediógrafo romano; según Donato, sería la tercera; según las didascalias o noticias históricas introductorias, tanto puede ser la segunda como la cuarta.

Modernamente, Philippe Fabia la ubica segunda en la lista de las comedias terencianas. En 1895, ese autor publicó en París una edición francesa de *El eunuco* provista de una amplia introducción y un comentario explicativo y crítico. Joan Coromines pondera como sabia la introducción y como erudito y completísimo el comentario; J. Marouzeau, sin embargo, observa que ciertos detalles (referencias numéricas, datos manuscritos, citas de Donato) han de ser rectificadas<sup>1</sup>.

Betty Radice afirma que la mayoría de los editores modernos catalogan *El eunuco* como tercera obra en la producción de Terencio<sup>2</sup>. Pero hay quien la cataloga como cuarta. Es el caso de Lisardo Rubio, catedrático de la Universidad de Barcelona, autor de tres volúmenes del texto revisado y traducido de las seis comedias de Terencio. Después de analizar los datos de las didascalias de *El eunuco*, Rubio concluye: “En resumen, a juzgar por las magistraturas y de acuerdo también con la cronología de los prólogos, *El Eunuco* sería la cuarta comedia de Terencio, posterior a *Andria* (166), a *Hecyra* (165) y a *Heautontimorúmenos* (163)”<sup>3</sup>.

Para Rubio, es probable que la primera representación de *El eunuco* haya tenido lugar en el año 161 a. de J. C.<sup>4</sup>

Puesto que las didascalias señalan claramente *El eunuco* como la segunda obra de Terencio, Rubio advierte que quienes se atienen a la numeración “ordinal”, es decir, al orden cronológico que ocupa cada obra en la producción de Terencio, admiten una representación anterior al 161 y la colocan en los *Ludi Romani* (Juegos Romanos) celebrados entre los *Ludi Megalenses* (Juegos Megalesios) del 166 (en que se representó *La Andria*) y los *Ludi Megalenses* del 165 (en que se representó *Hecyra*)<sup>5</sup>.

Antes que Rubio, Emile Chambry había afirmado que, teniendo en cuenta los nombres de los cónsules y ediles, *El eunuco* habría sido representado en 593 de Roma (o 161 a. de J. C.), y entonces sería la cuarta de las comedias de Terencio. Pero prefirió seguir a Fabia, para quien las indicaciones numéricas de las didascalias han de prevalecer sobre las nominales de los cónsules y ediles. “Es preciso (...) admitir con Fabia que *El eunuco* es la segunda pieza de Terencio”<sup>6</sup>.

Por lo visto, la cuestión cronológica de *El eunuco* está aún por resolver.

## Tipo de comedia

### “Contaminación” y su alcance en “*El eunuco*” de Terencio

“Contaminación” llamaban los romanos a la fusión de dos piezas en una nueva. *El eunuco* de Terencio es una comedia derivada de *El eunuco* de Menandro con injertos de otra pieza del mismo poeta,

<sup>1</sup> Cf Marouzeau, I, p. 219; Coromines - Coromines, II, p. 30.

<sup>2</sup> Cf Radice, p. 159.

<sup>3</sup> Rubio, I, p. 102.

<sup>4</sup> Cf Rubio, I, p. 101.

<sup>5</sup> Cf Rubio, I, p. 102.

<sup>6</sup> Cf Chambry, I, p. 187 - 188.

*El adulator* (*Kólax*, en griego). De esta, Terencio extrajo, como él mismo lo dice en el prólogo, los personajes del parásito adulator (= Gnatón) y del soldado fanfarrón (= Trasón).

Pero “alguien”, es decir, Luscio Lanuvino, el malévolo adversario de Terencio, lo tachó de “ladrón”; nosotros diríamos de “plagiario”. “Ladrón”, porque ya Nevio y Plauto habían traducido *El adulator*. Efectivamente, traducir piezas del teatro griego no era plagio para los romanos, quienes consideraban *res nullius* (cosa de nadie) a ese teatro. Las piezas del mismo podían volverse, pues, propiedad del primer ocupante, como reza una antigua máxima de derecho: *res nullius fit primi occupantis* (la cosa de nadie se vuelve posesión del primer ocupante). Pero sí era plagio tomar argumentos que ya otros hubieran traducido del griego <sup>7</sup>.

Terencio se disculpa: desconocía que Nevio y Plauto habían utilizado previamente esos dos personajes; pero, por otra parte, ¿acaso no es lícito valerse de los mismos, así como es lícito presentar de nuevo “a un esclavo corredor, a matronas honestas, a meretrices perversas, a un parásito comilón, a un soldado fanfarrón, a un niño sustituido, a un viejo embaucado...” (versos 36-39)? Es algo de sentido común. Terencio muestra así disentir netamente de la aludida concepción de plagio literario.

Según P. Coromines, a *El adulator* de Menandro acudió Terencio solamente para enriquecer la acción y aumentar los efectos cómicos de *El eunuco*<sup>8</sup>. Marouzeau piensa que Terencio hizo una “contaminación” feliz, por más que se adviertan algunas inconsecuencias; y señala además que Terencio introdujo algunas correcciones que le hacen honor, como atenuar el carácter casi bufonesco de la violación (acto II, escena V) o subrayar los rasgos delicados de Tais <sup>9</sup>. Ettore Paratore hace notar que la escena entre Querea y Antifón, en el acto tercero, es una añadidura terenciana <sup>10</sup>. Rubio observa que Terencio sustituyó un largo monólogo de Querea por un diálogo con Antifón, en procura de vivacidad; así como introdujo cambios en la onomástica (Trasón, “el intrépido”; Gnatón, “mandíbula”), para dar más expresividad a los nombres de sus personajes; abrevió o suprimió ciertos detalles y un pasaje del original griego y, viceversa, añadió por su cuenta, cuando lo creyó oportuno, algún detalle original, como la alusión a la táctica de Pirro (v. 783) <sup>11</sup>. También P. Coromines sostiene que Terencio introdujo en su *Eunuco* modificaciones por iniciativa propia, prescindiendo de la otra pieza de Menandro. Según ese autor, es indiscutible que en *El eunuco* la intervención de Terencio cambia más que en ninguna otra comedia el original de Menandro <sup>12</sup>.

No se limitó, pues, Terencio, a entrelazar o ensamblar dos piezas ni a traducir los originales griegos con una fidelidad rígida, servil. Y entonces no corresponde decir, con Jachmann, que Terencio es tan solo un traductor, si bien muy fino y sagaz. Sin embargo, tampoco corresponde decir, con Norwood, que Terencio es un libre elaborador de Menandro al mismo nivel de Shakespeare con respecto a Plutarco<sup>13</sup>.

### *Comedia “motória” y jocosa*

*El eunuco* forma con *Formión* la pareja de comedias terencianas de mayor movimiento, vivacidad, gracejo y jocosidad. Es, sin duda, una comedia principalmente *motória*, es decir, de trama e intriga. P. Coromines hace notar que “en algunas escenas no se da la lógica casi matemática que se encuentra en *Formión*, y hasta el final el público tiene que suplir con su inteligencia consecuencias de la obra que el dramaturgo no se ha entretenido en precisar. Pero no se puede decir que haya ambigüedad en la

<sup>7</sup> Cf Coromines - Coromines, II, p. 36.

<sup>8</sup> Cf Coromines - Coromines, II, p. 26.

<sup>9</sup> Cf Marouzeau, I, p. 217.

<sup>10</sup> Cf Paratore, p. 184 - 185.

<sup>11</sup> Cf Rubio, I, p. 104 - 105.

<sup>12</sup> Cf Coromines - Coromines, II, 28 - 29.

<sup>13</sup> Cf Paratore, p. 169.

presentación, porque la enormidad del tema impresiona tanto al espectador, que este naturalmente supone todo aquello que se puede deducir de la audacia de Querea y de la belleza de Pánfila, así como de la falta de exigencias morales que cabe suponer en Tais, la meretriz buenaza, en uno de los pocos actos de motivación moral de su vida”<sup>14</sup>.

Algún autor, como Augusto Serafini, considera que *El eunuco* es la comedia de Terencio más cercana a las de Plauto, si no como espíritu, sí ciertamente como trama<sup>15</sup>. En ella y en *Formión*, Terencio, según opinión corriente, habría recurrido a la comicidad para cautivarse las simpatías del público. Pero la comicidad de Terencio se diferencia notablemente de la de Plauto. En este, la comicidad y el lenguaje son fácilmente desenfrenados; la risa, ruidosa, restallante. Nada de eso en Terencio. En él, más que risas o risotadas se encuentran sonrisas. La comicidad, franca, exuberante, de tono subido en Plauto, se vuelve en Terencio, sobria, contenida, más acorde con Menandro<sup>16</sup>.

Es cierto que *El eunuco* ha sido criticado por el manejo amoral de la conducta de Querea y la solución despiadada de la rivalidad entre Fedria y Trasón<sup>17</sup>. Pero son excepciones, explicables por la finalidad de divertir de *El eunuco*. Por otra parte, aun en el punto más escabroso de la pieza, cual es la violación de Pánfila por parte de Querea, nada hay -como bien puso de relieve P. Coromines- que ofenda la honestidad del espectador. Nada indecoroso ocurre en la escena. El episodio es tan solo narrado<sup>18</sup>, y además en forma muy graciosa. También George E. Duckworth observa, a propósito de la seducción de la muchacha: “Terencio trata el argumento con delicadeza y no hay indecencia en su descripción”<sup>19</sup>.

Luego, se puede sostener que aun en *El eunuco* prima la impronta, el estilo de Terencio: sobrio, decoroso, ajeno a toda vulgaridad y procacidad. Por tal razón, algún estudioso, como Paratore, considera que *El eunuco* y *Formión* son dos comedias “aparentemente” más jocosas que las otras cuatro, cuyo análisis termina confirmando la unidad de tono -siempre garboso y gracioso- del teatro terenciano<sup>20</sup>.

### *Otras características de “El eunuco”*

Con Marouzeau, cabe señalar estas otras características de *El eunuco*:

- Un lenguaje dotado de feliz expresividad.
- Un diálogo animado de una vena cómica de la mejor calidad.
- Fina y matizada caracterización de los personajes.
- Más que en las otras piezas de Terencio, un lenguaje a tono con cada personaje<sup>21</sup>.

Duckworth subraya, a su vez, estos rasgos:

- El dualismo en la construcción de la trama, cuyo pivote son Fedria y Querea, jóvenes enamorados.
- Una más cómica trama subalterna en que aparecen dos personajes del repertorio habitual: Trasón, soldado fanfarrón, y el parásito Gnatón<sup>22</sup>.

Gilbert Norwood ve una especie de dualismo en las cualidades mismas de la pieza. Escribe, en

---

<sup>14</sup> Coromines - Coromines, II, p. 22.

<sup>15</sup> Cf Serafini, p. 54.

<sup>16</sup> Cf Paratore, p. 183.

<sup>17</sup> Cf Radice, p. 159 - 160.

<sup>18</sup> Cf Coromines - Coromines, II, p. 21 - 22.

<sup>19</sup> Duckworth, p. 252.

<sup>20</sup> Cf Paratore, p. 183 y 184 - 185.

<sup>21</sup> Cf Marouzeau, I, p. 217 - 218.

<sup>22</sup> Cf Duckworth, p. 252.

efecto: “*El eunuco* es una extraña mezcla de cualidades. Deslucido y brillante, inmoral y edificante, rastreramente plautino y espléndidamente terenciano es, en momentos sucesivos, todas esas cualidades”<sup>23</sup>.

Semejante apreciación no nos parece acertada en lo referente a los aspectos negativos de la pieza. Ya vimos que esta dista mucho de las de Plauto en cuanto a espíritu y estilo. Lo deslucido puede aplicarse a casos aislados. Marouzeau, por ej., sostiene que “solamente dos roles no son sino utilidades escénicas: el del padre tradicional, a quien Terencio ni siquiera le ha dado un nombre, y el del joven Antifón, que no sirve sino para replicar a su interlocutor”<sup>24</sup>.

En cuanto a inmoralidad, es preciso admitir que *El eunuco* presta asidero a tal censura. A pesar de que, como hemos visto, no hay indecencia en la escena ni en el lenguaje, “la indecencia reside -como señala Duckworth- en la descripción que hace Terencio del efecto producido en las emociones de Quereza por la pintura de Júpiter y Dánae y en el tratamiento, en general benévolo, de una mala conducta sexual”<sup>25</sup>.

Así y todo, prevalece el propósito moral también en *El eunuco*, como asimismo en *Formión*. “En realidad -escribe Paratore- también en estas dos comedias lo que está siempre despierto y vigilante es el propósito de profundizar una situación bajo el perfil moral”<sup>26</sup>. Quereza, el personaje más discutido desde el punto de vista moral, “termina (...) volviéndose el centro de la acostumbrada caracterización ética de la pasión: bien lo comprendieron Horacio (*Sat.*, II, 3, 259 siguientes) y Persio (5, 161-74), quienes se inspiraron en él para la tipificación del ‘furor’ amoroso en la juventud”<sup>27</sup>.

### **Fortuna de *El eunuco***

Es la comedia de Terencio más exitosa y consiguientemente, como diríamos ahora, más taquillera. Le reportó más dinero que cualquiera otra: ocho mil sestercios. Y fue representada de nuevo, como nueva, y por lo tanto pagada de nuevo, en vida del autor.

Siguió en el repertorio después de su muerte. Donato nos informa que se ejecutaron a menudo cánticos de esa pieza; numerosos pasajes de la misma fueron citados por Cicerón, Horacio, Quintiliano, Persio, San Agustín, lo cual prueba que *El eunuco* fue una de las lecturas preferidas de los letrados; muchos de sus versos pasaron a ser proverbios.

*El eunuco* suscitó varias imitaciones o adaptaciones en la literatura europea moderna. Las más conocidas en Francia son las de La Fontaine (1654), de Brueys y Palaprat (*LeMuet*, 1691), de Michel Carré (1845). *El eunuco* inspiró igualmente *L'Eunuque* de Baif, y junto con *La andria*, también *Les jaloux* de Pierre Larivey.

En Italia, *I Suppositi* (1509) de L. Ariosto encierran unos elementos tomados de *El eunuco*. *I Gelosi* (1545) de V. Gabiani combinan *La andria* y *El eunuco*.

En Alemania, Goethe, siendo director del teatro de corte, hizo representar en Weimar *El eunuco*, lo mismo que *La andria* y *Los hermanos*.

---

<sup>23</sup> Cit. por Duckworth, p. 252.

<sup>24</sup> Marouzeau, I, p. 217 - 218.

<sup>25</sup> Duckworth, p. 252.

<sup>26</sup> Paratore, p. 183.

<sup>27</sup> Paratore, p. 185.



En Inglaterra, *El eunuco* inspiró *Bellamira* (1687) de sir Ch. Sedley, *The Conscious Lovers* (1722) de sir R. Steele, *The Eunuch* (1736) de Th. Cooke, *The Perjured Devotee* (1739) de D. Bellamy, *The Beautiful Armenia* de Ball. Influencias de *El eunuco* de Terencio se advierten en *The Eunuch, or the Darby Captain*. *Ralph Roister Doister* es pieza modelada parcialmente en *El eunuco*. *Supposes* de Gascoigne está en deuda con *El eunuco*, como con *Los cautivos* de Plauto<sup>28</sup>.

Robert Graves ha incluso insinuado que *El eunuco* podría ser “refundido como un musical moderno con gran éxito”<sup>29</sup>.

### **Advertencias relativas a la traducción y notas de *El eunuco***

Para la traducción, hemos seguido, de ordinario, la edición crítica de Lindsay-Kauer o la de Marouzeau.

Para las notas, nos hemos guiado, casi siempre, por las que Rubio apuntó en su traducción de *El eunuco*, pero cotejándolas con las respectivas notas de Marouzeau en su propia traducción de la pieza.

---

<sup>28</sup> Cf Chambry, I, p. 188 -189; Duckworth, p. 253; Marouzeau, I, p. 215; Rubio, I, p. LV-LVI y 105-106.

<sup>29</sup> Cf Radice, p. 160.

## DIDASCALIA <sup>1</sup>

Se representó en los Juegos Megalesios<sup>2</sup>, siendo ediles curules Lucio Postumio Albino y Lucio Cornelio Mérula<sup>3</sup>. La representación fue dirigida por Lucio Ambivio Turpión y Lucio Hatilio de Preneste. Compuso la música Flaco, liberto de Claudio; la ejecución se realizó con dos flautas derechas. El original es griego, de Menandro. Es la segunda comedia del autor, compuesta durante el consulado de Marco Valerio y Cayo Fanio <sup>4</sup>.

## PERÍOCA DE C. SULPICIO APOLINAR <sup>5</sup>

El soldado Trasón ha traído consigo una muchacha que falsamente pasaba por hermana de Tais, circunstancia que él ignora, y se la obsequia a ella misma. La muchacha era ciudadana ateniense. A la misma Tais, Fedria, su amante, le hace entregar un eunuco que había comprado, y se retira al campo, porque ella le rogó que por dos días cediera su sitio a Trasón. Un efebo, hermano de Fedria, perdidamente enamorado de la chica regalada a Tais, se viste, siguiendo una sugerencia de Parmenón, con la vestimenta del eunuco, se introduce en la casa y deshonor a la jovencita. Pero un ciudadano ateniense que se descubre ser hermano de la misma, la casa con el efebo que la había violado. Trasón logra con ruegos un arreglo con Fedria.

---

<sup>1</sup> Para una información sobre las didascalias de Terencio, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 7-9.

<sup>2</sup> Según el código *Bembinus*, la solemnidad habría sido la de los Juegos Romanos.

<sup>3</sup> Según Donato y la recensión caliopea. Según el código *Bembinus*, los ediles curules habrían sido M. Junio y L. Julio.

<sup>4</sup> Teniendo en cuenta los nombres de los cónsules y de los ediles curules consignados por Donato y la recensión caliopea, en el año 161 a. de J. C. tuvo lugar una representación de *El Eunuco*, que probablemente fue la primera.

<sup>5</sup> Para una información sobre las períocas de Terencio, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 9, nota 15.

## PERSONAJES<sup>6</sup>

(PRÓLOGO)

EL ANCIANO, es decir, DEMEA o LAQUES (padre de Fedria y Querea).

FEDRIA, joven (amante de Tais).

QUEREA, joven (amante de Pánfila).

CREMES, joven (hermano de Pánfila).

ANTIFÓN, joven.

TAIS, meretriz.

TRASÓN, soldado (rival de Fedria).

GNATÓN, parásito (de Trasón).

PARMENÓN, esclavo (de Fedria).

SANGA, esclavo (de Trasón).

PITIAS, criada (de Tais).

DORIAS, criada (de Pánfila).

DORO, eunuco.

SÓFRONA, nodriza (de Pánfilo).

(EL CANTOR).

## PERSONAJES QUE NO HABLAN

ESTRATÓN.

SIMALIÓN.

DÓNAX.

SIRISCO.

---

<sup>6</sup> Para una información sobre la lista de personajes, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 10, nota 17.

## PRÓLOGO <sup>7</sup>

Si hay quienes aspiran a agradar al mayor número de personas honradas y molestar al menor número de personas que sea posible, nuestro autor se inscribe entre ellos. Luego si alguien pensó que se habló contra él con demasiado rigor, piense que “se le respondió”, no “se habló”, porque fue él quien acometió primero; él, que, traduciendo fielmente, pero a la vez componiendo torpemente, de buenas comedias griegas sacó comedias latinas que no son buenas; es el mismo que últimamente dio a la escena el *Fantasma* de Menandro y que en su *Tesoro* representó antes al demandado exponiendo las razones por las que pretendía el oro, y después al demandante explicando por qué título se atribuía a sí mismo el tesoro en cuestión y como este había ido a parar a la tumba de su padre. Que en adelante no se engañe ni diga entre sí: “Ya estoy libre de peligro; nada más me puede echar en cara”. Le advierto que no se equivoque y deje ya de hostigar; tengo muchos otros cargos que por el momento le condonaré, pero que sacaré a relucir más tarde, si él sigue atacando así como ha comenzado.

La pieza que ahora vamos a representar, es decir, *El Eunuco* de Menandro, después que los ediles la hubieron comprado, él consiguió que se la dejasen ver. Estando presentes los magistrados, empezó la representación; y he ahí que él vocifera: “Un ladrón, no ya un poeta, dio esa pieza; pero no nos engañó en absoluto: el *Adulador* es una antigua comedia de Nevio y Plauto, de donde están sacados los personajes del parásito y del soldado”. Si esto es falta, es falta de advertencia por parte del poeta, no falta intencional de plagio. Que esto sea así, por ustedes mismos lo podrán juzgar en seguida.

Existe el *Adulador* de Menandro, en donde figuran un parásito adulador y un soldado fanfarrón. El autor no niega que de la pieza griega pasó esos personajes a su *Eunuco*; pero sí niega rotundamente que estuviera al corriente de que, antes que él, otros hubieran utilizado esos personajes en latín. Y si a él no le es lícito valerse de los mismos personajes, ¿por qué será más lícito representar a un esclavo corredor, a matronas honestas, a meretrices perversas, a un parásito comilón, a un soldado fanfarrón, a un niño sustituido, a un viejo embaucado por un esclavo, el amor, el odio, la sospecha? En suma, ya no hay argumento que no haya sido tratado anteriormente. Por eso es conveniente que estén al corriente del caso y excusen a los poetas recientes si hacen lo que los antiguos hicieron habitualmente. Préstenseles su favor, y atiendan en silencio, para que se den cuenta cabal de lo que este *Eunuco* pretende.

---

<sup>7</sup> Para una información sobre los prólogos de Terencio, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 11, nota 18.

## ACTO I

### ESCENA I

FEDRIA, PARMENÓN

FEDRIA. - Pues ¿qué haré? ¿No iré, tampoco ahora que ella misma me llama? ¿No será preferible que me resuelva a no sufrir afrentas de rameras? No me dejó entrar; ahora me vuelve a llamar. ¿He de regresar? No, aunque me lo suplique.

PARMENÓN. - Ciertamente, por Hércules, que si eres capaz de hacer eso, ningún partido es mejor ni más propio de hombre: pero si lo adoptas y no perseveras luego firmemente y, cuando no puedas aguantar, sin que nadie trate de obtenerlo, y sin hacer las paces previamente, vayas espontáneamente a su casa, mostrando así que la amas y que no puedes resistir sin ella: ¡se acabó; asunto concluido; estás perdido! Ella se burlará de ti al verte rendido. Por consiguiente, tú, amo, mientras estás a tiempo, piénsalo una y otra vez. No podrías luego gobernar con la razón una cosa que en sí no comporta ni razón ni medida. En el amor se hallan todas estas fallas: afrentas, sospechas, pendencias, treguas, guerra y otra vez paz. Si tú pretendieses con tu razón volver seguras cosas tan inseguras, conseguirías exactamente lo mismo que si procurases hacer locuras con recto criterio. Y respecto de cuanto vas ahora, airado, rumiando para tus adentros: “¿Yo, volver a una mujer que a otro... que a mí... que no...? ¡Deja no más! ¡Preferiría morir! Se dará cuenta de qué temple soy”; todo el fuego de estos discursos, lo apagará ella, por Hércules, con una sola lagrimita fingida, que a duras penas exprimirá a fuerza de restregarse desesperadamente los ojos, y después será ella la primera en acusarte y tú el primero en someterte al suplicio.

FEDRIA. - ¡Oh, qué conducta indigna! Ahora yo advierto que ella es una infame y yo un infeliz. Pero si por un lado siento hastío, por el otro ardo en amor. Y aunque me dé cuenta cabal, estando vivo y espabilado<sup>8</sup>, me voy consumiendo sin saber qué hacer.

PARMENÓN. - ¿Qué hacer? Pues rescatarte de ese cautiverio al menor precio que puedas; si no puedes por poquito, por el que te sea posible, y no te desesperes.

FEDRIA. - ¿Eso me aconsejas?

PARMENÓN. - Sí, si tienes seso. Y que no añadas más molestias a las que ocasiona de suyo el amor, sino que sobrellevés razonablemente las que te ocasionó. - Pero he ahí que ella misma sale, la calamidad de nuestra heredad, porque lo que nosotros debíamos recoger, ella nos lo viene a sustraer.

### ESCENA II

TAIS, FEDRIA, PARMENÓN

TAIS. - (*Aparte.*) ¡Desdichada de mí! Tengo miedo de que Fedria se haya disgustado demasiado y haya interpretado diversamente de cómo entendí hacerlo, el que ayer no le dejara entrar en casa.

FEDRIA. - De pies a cabeza, Parmenón, vibro y me estremezco desde que la he visto.

PARMENÓN. - ¡Animo! Arrímate a ese fuego, que pronto te calentarás por demás.

TAIS. - ¿Quién habla aquí? ¡Ah!, ¿tú estabas aquí, Fedria mío? ¿Por qué quedarte aquí parado? ¿Por qué no entrar al instante?

PARMENÓN. - (*Bajo.*) Pero ¡ni palabra de no haberlo admitido!

TAIS. - ¿Por qué no respondes?

<sup>8</sup> *Vivos vidensque* (v.73). Es una fórmula proverbial; cf Cic., *Pro Sest.*, 27, 59: *vivus, ut aiunt, et videns*. Rubio la traduce de esta manera: “lleno de vida y salud”.

FEDRIA. - (*Con ironía.*) Sin duda será porque, efectivamente, tu puerta está siempre abierta para mí o porque en tu casa yo ocupé siempre el primer lugar.

TAIS. - Deja ahora eso.

FEDRIA. - ¿Cómo dejar eso? ¡Oh Tais, Tais! ¡Ojalá tuviera yo en tu cariño una parte semejante a la que tú tienes en el mío, e igualmente ocurriese o que tú sufrieses con esta situación lo mismo que sufro yo o que yo no hiciese caso alguno de lo que tú hiciste!

TAIS. - ¡No te atormentes, te conjuro, corazón mío, Fedria! Por Pólux, que no lo hice por amar a otro más que a ti; pero las circunstancias fueron tales, que así hubo que hacer.

PARMENÓN. - (*Con ironía.*) Ya lo creo; como es natural, por amor, pobrecita, le diste con la puerta en las narices.

TAIS. - ¡Vamos! ¿Es esta, Parmenón, la manera de tratarme? (*A Fedria.*) Escucha ahora la razón por la cual te mandé llamar aquí.

FEDRIA. - ¡A ver!

TAIS. - Dime primero una cosa: ¿es éste capaz de callar?

PARMENÓN. - ¿Yo? ¡Lo más bien! Pero tú, ¡cuidadito!, que te empeño mi palabra con esta condición: si lo que oigo es verdad, lo callo y lo guardo rigurosamente para mí: pero si es cosa falsa o infundada o fingida, se propalará en seguida, pues en tal caso estoy lleno de rendijas<sup>9</sup> y me salgo por los cuatro costados. Conque tú, si quieres que yo me calle, di la verdad.

TAIS. - Mi madre era de Samos y habitaba en Rodas...

PARMENÓN. - Esto se puede callar.

TAIS. - Morando mi padre allí, cierto mercader le obsequió una niña que había sido raptada aquí, en el Atica.

FEDRIA. - ¿Una ciudadana?

TAIS. - Supongo que sí; con certeza no lo sabemos. El nombre de su padre y de su madre, ella misma lo decía: pero cuál fuera su patria y cuáles las otras indicaciones para poderla identificar, ni las conocía ni por su edad estaba en condiciones de conocerlas. El mercader añadió este detalle: a los piratas, de quienes la había comprado, les había oído decir que la habían raptado en Sunio. Mi madre, una vez que la recibió, comenzó, con esmero, a enseñarle todas las cosas y a educarla lo mismo que si fuera hija suya. Los más creían que era hermana mía. Yo me vine acá con un forastero, el único con quien tenía trato entonces<sup>10</sup>, y que es a la vez quien me dejó todo lo que poseo.

PARMENÓN. - Ambas cosas son falsas; ya se sabrá.

TAIS. - ¿Por qué dices eso?

PARMENÓN. - Porque ni tú te contentabas con él solamente, ni solo él te hizo presentes; he aquí, por ejemplo, otro que igualmente aportó a tu casa una buena y gran contribución.

TAIS. - Es cierto. Pero déjame llegar a lo que quiero. - En ese tiempo un soldado, que había empezado a cortejarme, partió para Caria; fue entonces cuando te conocí a ti; y bien sabes con cuánta intimidad te trato desde entonces y cómo te confío todos mis pensamientos.

FEDRIA. - Esto tampoco lo callará Parmenón.

PARMENÓN. - ¡Oh, seguramente que no!

TAIS. - Óiganme, por favor. - No hace mucho murió allí mi madre. Un hermano suyo, demasiado codicioso de dinero, como vio que aquella muchacha era de bello exterior y que sabía tañer la lira, esperando sacar partido, en seguida la pone en venta y la vende. Por suerte se hallaba casualmente en el mercado ese amigo mío, quien la compró para hacerme un regalo, sin estar absolutamente al tanto de todas estas cosas. Ahora él vino acá; pero desde el momento que advirtió que también contigo yo tenía

<sup>9</sup> *Plenus rimarum sum* (v. 105). Expresión proverbial; cf Horacio en *Sat.*, II, 6, 46.

<sup>10</sup> *Rem habere cum aliquo* (cf v. 119) es un eufemismo por "tener relaciones sexuales".

relaciones, se afana en inventar pretextos para no dármela. Si tuviera -dice él- la garantía de que yo lo voy a anteponer a ti y no tuviera miedo de que yo lo abandone no bien tenga a la chica en mi poder, él estaría dispuesto a dármela; pero tiene ese miedo. Aunque yo, por mi parte, sospecho que tiene puestos sus ojos en la jovencita.

FEDRIA. - ¿Hay algo más todavía?

TAIS. - Nada más; ya he hecho mis averiguaciones. Ahora, mi Fedria, hay muchas razones por las que yo siento vivo interés en quitársela: primeramente, porque se ha dicho que es mi hermana; después, para remitirla y restituirla a los suyos. Yo estoy sola; aquí no tengo a nadie, ni amigo ni pariente; por eso, Fedria, aspiro a procurarme algunos amigos mediante mis servicios. Préstame, pues, por favor, tu asistencia para facilitar la cosa. Deja que por unos pocos días ocupe él el primer puesto junto a mí... ¿No respondes nada?

FEDRIA. - ¡Malvada! ¿Qué debería responderte ante una conducta semejante?

PARMENÓN. - ¡Muy bien, amo! Te felicito. Por fin te has picado: ¡eres todo un hombre!

FEDRIA. - ¡Como si yo no supiera adónde ibas a parar! “Siendo aún pequeñuela la raptaron aquí; la crió mi madre como hija suya; fue tenida por hermana mía; deseo quitársela para devolverla a su familia...” Y ahora, naturalmente, estos discursos desembocan al fin en lo siguiente: Yo soy excluido, y el otro bien acogido. ¿Por qué motivo, sino porque lo amas más que a mí y porque tienes miedo de que esa que te han traído te quite a un tal amante?

TAIS. - ¿Yo tener miedo de eso?

FEDRIA. - Pues, ¿qué otra cosa te preocupa? ¡A ver! ¿Acaso solo él te hace obsequios? ¿Notaste alguna vez por ventura que se cortaba mi liberalidad para contigo? Cuando me dijiste que tenías ganas de tener una esclavita de Etiopía, ¿no es verdad que me puse en campaña para buscártela, dejando a un lado toda otra cosa? Luego dijiste que tú también querías un eunuco, siendo así que solo las damas distinguidas disponen de tales personas; y bien, te lo busqué. Ayer por los dos desembolsé veinte minas. No obstante me hayas tratado con desdén, yo tuve presentes tus deseos. ¡Y en pago de todo esto me rechazas despectivamente!

TAIS. - Pero ¿qué dices, Fedria? Por más que yo desee quitarle a la muchacha y por más que piense que ese es el mejor medio para lograrlo, sin embargo, antes que tener en ti un enemigo, haré como tú mandes.

FEDRIA. - ¡Ojalá dijeses con sinceridad y con verdad esas palabras: “Antes que tener en ti un enemigo”! Si yo pudiera pensar que te expresas con franqueza, sería capaz de soportar cualquier cosa.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) Ya flaquea, vencido con una sola expresión y ¡qué pronto!

TAIS. - ¡Ay de mí! ¿No lo digo yo con sinceridad? ¿Qué cosa, en fin, quisiste de mí, aun en broma, que no lo hayas alcanzado? ¿Y no puedo yo conseguir de ti que te retires aunque sea por dos días solamente?

FEDRIA. - ¡Si fueran realmente dos! Pero temo que los dos días se vuelvan veinte.

TAIS. - Ciertamente no serán más de dos días, o...

FEDRIA. - ¡Este “o” no lo aguanto!

TAIS. - No serán más; déjame tan solo alcanzar de ti ese plazo.

FEDRIA. - En fin, hay que hacer lo que tú quieres.

TAIS. - Con razón te amo mucho: tan bueno eres en tu proceder...

FEDRIA. - Me iré al campo y allí me consumiré de impaciencia durante estos dos días. Sí, es asunto resuelto. Se ha de complacer a Tais. Tú, Parmenón, haz que traigan a esos (*aludiendo a los dos esclavos, el eunuco y la etíope*).

PARMENÓN. - Muy bien.

FEDRIA. - Tais, por estos dos días, ¡adiós!

TAIS. - ¡Adiós, querido Fedria! ¿Algo más deseas?

FEDRIA. - Lo que yo deseo es que, estando presente con ese soldado, tu corazón esté ausente de él; que de día y noche me ames, me eches de menos, me veas en sueños, me aguardes; que en mí pienses, que en mí esperes, que en mí te recrees, que estés toda conmigo; haz, en suma, que sea mío tu corazón,

puesto que el mío es tuyo. *(Sale.)*

TAIS. - *(A solas.)* ¡Pobre de mí! Ese quizás me da poco crédito y me juzga ahora según el carácter de las otras mujeres. Pero yo, por Pólux, por la conciencia que tengo de mí misma, esto sé con certeza, es decir, que en nada he mentado y que para mi corazón nadie hay más querido que este Fedria. Y todo lo que en este asunto he hecho, lo he hecho en atención a la chica; pues yo estoy casi segura de haber hallado ya a su hermano, un joven de familia muy distinguida, quien ha quedado en venir hoy a verme. Me retiraré, pues, a mi casa y allí lo aguardaré hasta que venga. *(Sale.)*

## ACTO II

### ESCENA I

FEDRIA, PARMENÓN

FEDRIA. - Como te lo he ordenado, haz que traigan a esos dos esclavos.

PARMENÓN. - Así lo haré.

FEDRIA. - Pero ¡pon cuidado en tal cometido!

PARMENÓN. - Está bien.

FEDRIA. - Pero ¡date prisa!

PARMENÓN. - Está bien.

FEDRIA. - ¿Bastará que te lo haya recomendado así?

PARMENÓN. - ¡Oh, qué insistencia! ¡Como si el asunto fuera difícil! ¡Ojalá puedas, Fedria, encontrar alguna suerte con tanta facilidad como tienes de perder este regalo!

FEDRIA. - Es que si lo pierdo, también me pierdo a mí mismo; y esto es cosa que me importa más. Por eso, no llesves tan a mal mis instrucciones.

PARMENÓN. - En absoluto, puesto que al punto las llevaré a cabo. ¿Tienes acaso otra cosa que ordenar?

FEDRIA. - Di todo lo que puedas para hacer valer nuestro regalo, y haz todo lo que puedas para apartar de ella a mi rival.

PARMENÓN. - ¡Oh!, lo tengo presente, aunque no me lo advirtieras.

FEDRIA. - Yo me iré al campo y allí me quedaré.

PARMENÓN. - Me parece bien.

FEDRIA. - Pero ¡oye, Parmenón!

PARMENÓN. - ¿Qué quieres?

FEDRIA. - ¿Crees que yo podré persistir en mi propósito y sufrir con valor la pena de no volver antes de tiempo?

PARMENÓN. - ¿Tú? No creo tal cosa, por Hércules; porque o estarás de regreso en seguida, o muy pronto, por la noche, te impulsará hacia acá el insomnio.

FEDRIA. - Trabajaré hasta rendirme a fin de dormirme aunque no tenga gana.

PARMENÓN. - No, estarás desvelado y por añadidura extenuado; esto es lo único que ganarás.

FEDRIA. - ¡Bah! Hablas por hablar, Parmenón. Por Hércules, que he de echar fuera de mí esta flojera de carácter; demasiado me mimo. *(Tomando una actitud firme.)* En fin, ¿no podré yo pasar sin ella, si fuera menester, aun tres días enteros?

PARMENÓN. - ¡Huy! ¿Tres días enteros? ¡Mira en qué te metes!

FEDRIA. - Mi decisión está tomada. *(Sale.)*

PARMENÓN. - *(A solas.)* ¡Santos dioses! ¿Qué enfermedad es esta? ¡Que el amor transforme tanto



a las personas que ya no puedas reconocer que son las mismas! Nadie habla más sensato, ni más serio, ni más moderado que él. - Pero ¿quién es ese que viene hacia acá? ¡Oh, oh! No cabe duda: es Gnatón, el parásito del soldado. Trae consigo a la jovencita destinada como obsequio para nuestra vecina. ¡Caramba! ¡Qué rostro más hermoso! Nada raro si hoy hago aquí un papel torpe con mi eunuco decrepito. Esa ventaja a la propia Tais.

## ESCENA II

### GNATÓN, PARMENÓN

GNATÓN. - ¡Dioses inmortales! ¡Cuánto ventaja un hombre a otro!<sup>11</sup> ¡Cuánta diferencia entre el inteligente y el tonto! Semejante reflexión acudió a mi mente por la circunstancia siguiente: al llegar me topé hoy con un individuo de aquí, de igual clase y posición que yo<sup>12</sup>; un sujeto no sin distinción, pero que, lo mismo que yo, consumió en comilonas el patrimonio paterno. Lo veo descuidado, desaliñado, desmejorado, cargado de años y de andrajos. “¡Oh!, le digo, ¿qué atavíos son esos, amigo?” - “Porque, por mi desventura, he perdido lo que poseía, mira lo malparado que he quedado. Todos mis conocidos y amigos me han abandonado”. Entonces yo, comparándolo conmigo, lo he vituperado: “¿Cómo es eso?, le digo, ¡oh sujeto en extremo apocado! ¿Cómo has podido llegar hasta el punto de que no te quede esperanza alguna en tus recursos? ¿Has perdido el buen sentido juntamente con los bienes de fortuna? ¿No me ves a mí, que provengo del mismo ambiente? ¡Mira qué color, qué esplendor de la tez, y qué elegancia, y qué prestancia! Lo tengo todo y no tengo nada: pues, aunque no tengo nada, nada me falta”. - “Pero yo, ¡ay de mí!, ni puedo hacer el bufón ni soportar palizas”. - “¿Cómo? ¿Piensas tú que por esos medios se medra? Oh, te equivocas de pe a pa. Un tiempo, hace una generación poco más o menos, la clase de los parásitos hacía su negocio con eso. Pero al presente hay otra manera de cazar pájaros; y soy precisamente yo quien ha descubierto el procedimiento. Existe una categoría de individuos que en todas las cosas pretenden ser los primeros, aunque no lo son; pues a ellos yo me pego; no me pongo a su servicio para que se rían de mí, sino que yo, por propia iniciativa, me río de sus ocurrencias y admiro a la vez la agudez de su ingenio. Todo lo que digan, lo pondero; y si después dicen lo contrario, igual lo pondero; se dice ‘no’: pues ‘no’, digo yo; se dice ‘sí’: pues ‘sí’, digo yo; en una palabra, me he propuesto adularlos en todo; este oficio es actualmente, e incomparablemente, el más beneficioso”.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Hábil, por Hércules, el tipo! Ese es capaz de convertir sin más ni más a un tonto en loco rematado.

GNATÓN. - Mientras así conversamos, he aquí que llegamos al mercado. Y ahí, alegremente corren en tropel a mi encuentro todos los vendedores de manjares agradables, los de pescado mayor, los carniceros, los cocineros, los salchicheros, los pescaderos<sup>13</sup>, a quienes yo tanto en la próspera como en la adversa fortuna había prestado y sigo prestando frecuentes favores. Me saludan, me convidan a comer, me dan la bienvenida. Cuando aquel pobre hambriento vio que me trataban con tanto miramiento y que con tanta facilidad ganaba yo el sustento, empezó a suplicarme que le diera permiso para aprender esa habilidad en mi escuela. Le mandé que me siguiese, en la esperanza de que, así como las escuelas de los filósofos toman los nombres de sus respectivos maestros, de la misma manera pudiera haber parásitos que se llamaran “Gnatónicos”<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> *Hómīni homo quid praestat!* Fórmula proverbial; cf *Formiōn*, v. 790: *Vir viro quid praestat!*

<sup>12</sup> *Mei loci (...) atque ordinis*. Donato explica que *locus* se refiere al estado de nacimiento (*ingēnuus*, nacido libre, de padres libres), y *ordo* a la situación económica (*pauper*, pobre).

<sup>13</sup> *Cetārii (...) piscatores*. Nonio explica la diferencia entre *cetārii* y *piscatores*: “*Cetārii genus est piscatorum quod majores pisces capit, cetārii* es la categoría de pescadores que agarra peces mayores”. *Piscator* puede significar “vendedor de pescado en general” y “pescadero” o “vendedor de pescado al por menor”.

<sup>14</sup> Por reminiscencia de “Platónicos”.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Mira a qué lleva el ocio y el comer a costa ajena!

GNATÓN. - Pero estoy tardando demasiado en llevarle a Tais esta muchacha e invitarla a comer con nosotros. - Pero veo a Parmenón, el criado de nuestro rival, ante la puerta de Tais. ¡Qué semblante más triste! Esto va bien: fríamente, sin duda, es acogida aquí esa gente. Estoy resuelto a burlarme un poco de ese bribón.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) Ellos piensan que con ese obsequio dan ya por suya a Tais.

GNATÓN. - Gnatón saluda con efusión a su gran amigo Parmenón. ¿Cómo estamos?<sup>15</sup>

PARMENÓN. - De pie<sup>16</sup>.

GNATÓN. - Ya lo veo, pero ¿ves por ventura aquí algo que no quisieras?

PARMENÓN. - Sí, a ti.

GNATÓN. - Lo creo. Pero ¿nada más?

PARMENÓN. - ¿Por qué esa pregunta?

GNATÓN. - Porque estás triste.

PARMENÓN. - ¿Yo? ¡De ninguna manera!

GNATÓN. - Bueno. (*Mostrando a la chica.*) Pero ¿qué te parece esta esclava?

PARMENÓN. - No es mala, por Hércules.

GNATÓN. - (*Aparte.*) ¡Estoy excitando al hombre!

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Cómo se engaña!

GNATÓN. - (*Con sorna.*) ¿No piensas que Tais se sentirá sumamente complacida con este presente?

PARMENÓN. - ¿Quieres con eso decir que nosotros ya estamos expulsados de ahí? ¡Mira, Gnatón, que todas las situaciones tienen sus vicisitudes!

GNATÓN. - Yo, Parmenón, haré que de aquí en adelante puedas descansar durante seis meses enteros, sin tener que andar corriendo de acá para allá ni velar hasta el alba. ¿Acaso no te hago dichoso?

PARMENÓN. - (*Con ironía.*) ¿A mí? ¡Ah, ah!

GNATÓN. - Así suelo portarme yo con mis amigos.

PARMENÓN. - Te felicito.

GNATÓN. - Pero te estoy deteniendo. Quizás ibas a otra parte.

PARMENÓN. - No, a ninguna.

GNATÓN. - Pues entonces préstame un pequeño servicio: haz que me reciban en su casa. (*Indicando la casa de Tais.*)

PARMENÓN. - Entra no más por tu cuenta. Tú ahora tienes abierta la puerta, puesto que traes a esta.

GNATÓN. - (*Irónico, entrando con Pánfila en casa de Tais.*) ¿Quieres, acaso, llamar a alguien acá fuera?

PARMENÓN. - (*Aparte.*) Deja pasar estos dos días, y yo haré que tú, que ahora tienes la suerte de abrir esa puerta ante mis narices con el simple golpecito de un dedo, en vano golpees luego dándole patadas.

GNATÓN. - (*Saliendo de casa de Tais.*) ¿Todavía aquí de plantón, Parmenón? ¡Oh!, ¿acaso te han dejado aquí de centinela para impedir por ventura que algún intermediario corra a hurtadillas de parte del soldado a la casa de esa?

PARMENÓN. - (*Con ironía.*) ¡Qué agudeza! ¡Estupendos gracejos en verdad, que han de agradarle al soldado! - Pero veo venir hacia acá al hijo menor de mi amo. Me llama la atención que haya dejado el Pireo, en cuya guarnición ahora le toca estar de guardia por mandato de la ciudad<sup>17</sup>. Algo ocurre. Y viene presuroso. Y no sé qué anda mirando tan atentamente a su alrededor.

<sup>15</sup> *Quid ágitur?* (¿Qué se hace?) es fórmula de saludo. También podría traducirse por: “¿Qué tal?”

<sup>16</sup> *Statur*, “se está de pie”. Parmenón finge interpretar al pie de la letra el saludo de Gnatón, y este, a su vez, finge interpretar al pie de la letra la respuesta de Parmenón.

<sup>17</sup> En Atenas, los efebos (muchachos alrededor de los dieciocho años) tenían que prestar servicio de guardia en murallas y fronteras. Querea era uno de ellos.

### ESCENA III

QUEREA, PARMENÓN

QUEREA. - (*Sin ver a Parmenón.*) ¡Estoy muerto! Extraviada está la jovencita y extraviado yo también, que la he perdido de vista. ¿Dónde la buscaré? ¿Dónde la rastrearé? ¿A quién preguntaré? ¿Qué camino tomaré? No sé. Solo tengo esta esperanza: que, donde quiera que ella esté, no pueda permanecer oculta por largo tiempo. ¡Oh rostro hermoso! Desde hoy borro de mi memoria a todas las demás mujeres; estoy cansado de las bellezas con que se topa a diario.

PARMENÓN. - (*A los espectadores.*) ¡Pues allí tienen al otro! No sé qué está diciendo de amores. ¡Oh desdichado anciano! (*Aludiendo al padre de los muchachos.*) Por cierto, este es un mozo que si empieza a enmarañarse en amores, bien podrás decir que todo lo del otro fue juego y broma en comparación con lo que va a darnos la furia de este.

QUEREA. - (*Sin ver a Parmenón.*) ¡Que los dioses y diosas destruyan a ese vejestorio, que hoy me ha entretenido, y a mí también por dejarme entretener, y después por haber hecho el menor caso de él! - Pero he aquí a Parmenón. ¡Salud!

PARMENÓN. - ¿Por qué estás tan agitado? ¿Por qué vas tan apresurado? ¿De dónde vienes?

QUEREA. - ¿Yo? No sé, por Hércules, ni de dónde vengo ni a dónde voy; tan desconcertado estoy.

PARMENÓN. - Pues, dime, ¿por qué?

QUEREA. - Porque estoy enamorado.

PARMENÓN. - ¡Ah!

QUEREA. - Ahora, Parmenón, has de mostrar qué clase de hombre eres. Sin duda recuerdas que frecuentemente, cuando yo furtivamente iba amontonando en tu aposento toda la despensa de mi padre, tú me asegurabas: “Querea, halla tan solo un amor, y yo te haré ver qué bien te puedo servir”.

PARMENÓN. - ¡Anda, tonto!

QUEREA. - Y bien, por Hércules, por mi parte la cosa está hecha. Ahora cumple tú, por favor, tus promesas, aparte de que el asunto merece que despliegues en él todos tus recursos. La muchacha es distinta de las nuestras, cuyas madres se empeñan en hacerlas ir con los hombros caídos, con el pecho ceñido, a fin de que ostenten esbeltez de talle. En cuanto una engorda un poco, dicen que es una atleta y le reducen la ración de comida. Aunque sea buena la constitución, con tal atención escrupulosa las vuelven delgadas al igual que juncos. ¡Y por eso se las ama!<sup>18</sup>

PARMENÓN. - Y la tuya ¿qué tal es?

QUEREA. - Es de un semblante singular.

PARMENÓN. - ¡Caracoles!

QUEREA. - Tez de color natural, cuerpo vigoroso y lleno de vida.

PARMENÓN. - ¿Su edad?

QUEREA. - ¿Su edad? Dieciséis años.

PARMENÓN. - En la flor de la juventud.

QUEREA. - Esa es la que has de procurarme: por fuerza o por trampas o por ruegos; no me importa la manera, con tal que ella llegue a pertenecerme.

PARMENÓN. - Bueno, pero ¿de quién es la chica?

QUEREA. - Por Hércules, que no lo sé.

PARMENÓN. - ¿De dónde es?

QUEREA. - Tampoco lo sé.

PARMENÓN. - ¿Dónde habita?

QUEREA. - Ni aun eso sé.

PARMENÓN. - ¿Dónde la viste?

<sup>18</sup> Donato propone dos explicaciones: 1) exclamación irónica: “Y por eso nadie las ama”; 2) “Y por ese artificio, sin que la naturaleza tenga parte (o sea, no obstante una naturaleza carente de gracia), se las ama”.

QUEREA. - En la calle.

PARMENÓN. - ¿Cómo la perdiste de vista?

QUEREA. - Justamente por esto venía ahora fastidiado conmigo; no creo yo que exista persona a quien más que a mí todas las fortunas favorables se le tornen nefastas. ¡Qué calamidad! Estoy perdido.

PARMENÓN. - Pues ¿qué ha sucedido?

QUEREA. - ¿Quieres saberlo? ¿Conoces a Arquidémides, pariente y coetáneo de mi padre?

PARMENÓN. - ¿Cómo no?

QUEREA. - Pues bien, fue él quien me salió al encuentro mientras yo iba tras la jovencita.

PARMENÓN. - Fue un contratiempo, por Hércules.

QUEREA. - Más aún: una desgracia; pues otras cosas, Parmenón, se han de llamar contratiempos. Puedo con seguridad jurar que en los seis o siete meses últimos, no lo había visto en absoluto a excepción de hoy, cuando menos lo deseaba y menos lo necesitaba. ¡Oh!, ¿no sabe esto a prodigio? ¿Qué me dices?

PARMENÓN. - No cabe duda.

QUEREA. - Al punto, en cuanto me ve, ya desde muy lejos corre hacia mí, encorvado, temblequeando, con los labios colgando, gimiendo: “¡Eh, eh, a ti te hablo, Querea!”, grita. Yo me paro. “¿Sabes qué quisiera yo de ti?” - “Di.” - “Mañana tengo un pleito”. - “¿Y con eso?” - “Avisa sin falta a tu padre que no se olvide de venir a asistirme”. En decirme esto, se fue una hora. Le pregunto si quiere algo más<sup>19</sup>. “Está bien”, me responde. Me voy. Y cuando miro hacia acá por la muchacha, en ese preciso momento doblaba ella hacia acá, hacia nuestra calle.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) Asombroso sería que no esté aludiendo a la que acaban de obsequiarle a nuestra vecina.

QUEREA. - Llego acá y ya no estaba.

PARMENÓN. - Desde luego había personas que la acompañaban, ¿no es cierto?

QUEREA. - Sí, un parásito y una esclava.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Es ella no más! (*Alto.*) Calla: ya está todo terminado<sup>20</sup>.

QUEREA. - Estás hablando de otro asunto.

PARMENÓN. - No, sino del tuyo justamente.

QUEREA. - Dime: ¿sabes quién es ella? ¿La has visto?

PARMENÓN. - La he visto, la conozco y sé adonde la han conducido.

QUEREA. - ¡Oh, mi buen Parmenón!, ¿tú la conoces? ¿Y sabes dónde está?

PARMENÓN. - La han traído acá, a casa de la meretriz Tais, y a ella se la han obsequiado.

QUEREA. - ¿Quién es tan pudiente como para hacer un tal presente?

PARMENÓN. - Trasón, el soldado, el rival de Fedria.

QUEREA. - Peliagudo papel el que espera a mi hermano: esto me estás anunciando.

PARMENÓN. - Pues con más razón lo dirías si supieses el regalo que Fedria contrapone a este regalo.

QUEREA. - Pues, dime, por Hércules: ¿cuál es?

PARMENÓN. - Un eunuco.

QUEREA. - ¡Por favor! ¿Ese ser deforme que compró ayer, por mitad viejo y por mitad mujer?

PARMENÓN. - Ese mismo.

QUEREA. - Pobre hombre; a empujones, seguramente, lo echarán fuera, a él y a su regalo. Pero yo no sabía que Tais fuera nuestra vecina.

PARMENÓN. - Hace poco que lo es.

QUEREA. - ¡Desgraciado de mí! ¡Aún no la he visto una sola vez! Dime: ¿es una beldad, como dicen?

PARMENÓN. - Sí, lo es.

QUEREA. - Pero no tendrá nada que ver con la mía. (*Alude a la chica que se le ha perdido de vista.*)

<sup>19</sup> *Rogo numquid velit* (v. 341). *Num quid vis*, “¿quieres algo más?” Fórmula para despedirse, equivalente a: “¿No tienes nada más que decirme?” Por eso, Rubio prefiere traducir: “Me despido” (I, p. 135).

<sup>20</sup> *Iam conclamatumst* (v. 348) es expresión proverbial derivada de la costumbre de gritar el nombre de un muerto, para decirle el último adiós. Equivale a *finitum est*.

PARMENÓN. - Es otra cosa.

QUEREA. - Te suplico, por Hércules, Parmenón: procura que llegue a ser mi posesión.

PARMENÓN. - Me daré maña, me pondré en campaña, te ayudaré. (*Finge retirarse.*) ¿Mandas algo más?

QUEREA. - ¿Adonde vas ahora?

PARMENÓN. - A casa, para traer esos esclavos a Tais, conforme a la orden de tu hermano.

QUEREA. - ¡Oh, dichoso eunuco, que por lo menos puedes entrar en esa casa!

PARMENÓN. - ¿Qué quieres decir?

QUEREA. - ¿Me lo preguntas? Verá sin cesar en casa una compañera de esclavitud de extraordinaria hermosura, le hablará, cerca de ella estará en las mismas habitaciones, con ella comerá algunas veces, y aun a su lado dormirá en ocasiones.

PARMENÓN. - ¿Qué dirías si ahora fueras tú el afortunado?

QUEREA. - ¿Cómo puede ser eso, Parmenón? Responde.

PARMENÓN. - Ponte tú sus ropas.

QUEREA. - ¿Sus ropas? ¿Y después?

PARMENÓN. - Yo te conduciré en lugar de él.

QUEREA. - Entendido.

PARMENÓN. - Y diré que tú eres aquel.

QUEREA. - Comprendo.

PARMENÓN. - De suerte que gozarás tú de aquellas ventajas que hace un rato decías que él gozaría: tomar las comidas juntamente con ella, estar cerca de ella, tocarla, jugar con ella, acostarte a su lado; pues allí ninguna de las mujeres te conoce ni sabe quién eres. Y después tu aspecto y tu edad son tales que fácilmente puedes pasar por un eunuco.

QUEREA. - Estupendamente has hablado. En mi vida vi yo que se diera mejor consejo. ¡Ea!, entremos en casa ahora mismo. Vísteme, llévame contigo, acompáñame allá lo más pronto que puedas.

PARMENÓN. - ¿Qué dices? ¡Si yo lo decía en broma!

QUEREA. - ¡Charlatán insulso! (*Empuja violentamente a Parmenón hacia la puerta de casa.*)

PARMENÓN. - ¡Estoy perdido! ¡Pobre de mí!, ¿qué hice? ¿Adonde me empujas? ¡Mira que me vas a tirar al suelo! ¡A ti te hablo, sí! Detente.

QUEREA. - ¡Vamos!

PARMENÓN. - ¿Aún persistes?

QUEREA. - Estoy decidido.

PARMENÓN. - ¡Ten solo cuidado de que el asunto no se caliente demasiado!

QUEREA. - No hay peligro; déjame hacer a mí.

PARMENÓN. - Sí, pero yo pagaré el pato <sup>21</sup>.

QUEREA. - ¡Bah!

PARMENÓN. - Cometemos una infamia.

QUEREA. - ¿Una infamia, si me hago conducir a casa de una meretriz, y si a esas malandrinas que se mofan de nosotros y de nuestros pocos años y que siempre nos torturan de todas las maneras, yo las retribuyo ahora engañándolas de la misma manera como ellas nos engañan? ¿O te parece más bien que convendría tratar así a mi padre y hacerlo a él el juguete de mis tretas? Los que de esto llegaran a enterarse, me lo censurarían; aquello, en cambio, todo el mundo lo tendría por muy bien hecho.

PARMENÓN. - (*Accediendo de mala gana.*) ¿Qué quieres que te diga? Si estás resuelto a hacerlo, hazlo, pero luego no me echas la culpa a mí.

QUEREA. - No lo haré.

PARMENÓN. - ¿Entonces ordenas eso?

QUEREA. - ¿Si lo ordeno? Lo exijo y lo mando con todo el peso de mi autoridad, y jamás declinaré mi responsabilidad. Sígueme.

PARMENÓN. - ¡Suerte nos den los dioses!

---

<sup>21</sup> *At enim istaec in me cudetur faba* (v. 381), “Sí, pero he aquí un haba que se machacará sobre mí (sobre mi espalda)”. Otras traducciones propuestas: “Yo cargaré con el mochuelo”, “Yo pagaré los platos rotos”.

## ACTO III

### ESCENA I

TRASÓN, GNATÓN, PARMENÓN

TRASÓN. - ... ¿Conque Tais me lo agradece mucho?

GNATÓN. - Inmensamente.

TRASÓN. - Dime: ¿está contenta?

GNATÓN. - Sí, pero no tanto por el don en sí, cuanto por venir de ti; en serio que por esto salta realmente de gozo.

PARMENÓN.- (*Saliendo de casa de su amo, aparte.*) Vengo a ver cuándo será tiempo de traer a mi gente. - Pero he aquí al soldado.

TRASÓN. - Yo tengo sin duda esta prerrogativa: que se me agradece todo lo que hago.

GNATÓN. - Por Hércules, que lo he notado.

TRASÓN. - Aun el rey me agradecía con efusión cualquier cosa que yo hiciera; con los demás no se portaba de la misma manera.

GNATÓN. - La gloria que otros adquieren con gran trabajo, frecuentemente con meras palabras se la apropia el que tiene gracia, como es tu caso.

TRASÓN. - Has dado en el clavo.

GNATÓN. - ¿Así que el rey te llevaba en palmas?

TRASÓN. - Por supuesto. Y aun me confiaba todo su ejército y sus proyectos todos.

GNATÓN. - ¡Es maravilloso!

TRASÓN. - Y después, si algún día se aburría de la gente o sentía fastidio de sus negocios, cuando quería descansar, como para... ¿Entiendes?

GNATÓN. - Sí, lo sé: “como para escupir de su espíritu esa miseria...”

TRASÓN. - ¡Eso es! Entonces a mí solo me llevaba a comer consigo.

GNATÓN. - ¡Caracoles! ¡Delicado el rey, por lo que cuentas!

TRASÓN. - ¡Eh, sí! El es así: persona que trata con muy pocos.

GNATÓN. - Mejor dicho: con ninguno, creo yo, si tan solo trata contigo<sup>22</sup>.

TRASÓN. - Todos, pues, me miraban con malos ojos y a escondidas me descuartizaban; pero a mí no me importaba un comino. Y ellos a consumirse de envidia, pero uno más que todos, aquel a quien el rey diera la superintendencia de los elefantes de la India. Un día que me fastidia más de lo acostumbrado: “Dime, Estratón, le digo, ¿acaso eres tan fiero justamente porque mandas sobre las fieras?”

GNATÓN. - ¡Muy bien dicho, por Hércules; qué chispa! ¡Ah! Lo mataste. ¿Y entonces él?

TRASÓN. - ¡Mudo de golpe!

GNATÓN. - No podía ser de otra manera.

PARMENÓN. - (*Aparte, aludiendo a Trasón.*) ¡Santos dioses! ¡Qué individuo perdido y miserable! Y el otro (*indicando a Guatón*) ¡qué canalla!

TRASÓN. - Y eso, Gnatón, es decir, de qué modo en un banquete le di una estocada al de Rodas, ¿nunca te lo he contado?

GNATÓN. - Nunca. Cuéntalo, pues, por favor. (*Aparte.*) Más de mil veces se lo he oído narrar.

TRASÓN. - En un convite estaba junto conmigo ese de Rodas que te decía, un mozalbete. Yo por casualidad tenía allí una mujer de vida airada. El empezó a bromear con ella y a burlarse de mí. Y yo salté: “¿Qué tienes que decir, descarado? Siendo tú una liebre, ¿buscas guisado?”<sup>23</sup>

GNATÓN. - Ja, ja, ja!

<sup>22</sup> Expresión ambigua y por eso mismo cómica. Trasón entiende que él eclipsa a cualquier otro amigo, y por esto el rey no tiene otros; pero puede entenderse también así: el rey es persona que no tiene amigos, si solo trata contigo, ya que tú no cuentas para nada.

<sup>23</sup>Según Donato, “buscas en otro lo que tienes en ti mismo”. Esto equivale a decir que el de Rodas era, en gran parte,

TRASÓN. - ¿Qué te parece?

GNATÓN. - Ingenioso, gracioso, encantador; no hay nada superior. Pero, dime, te ruego: ¿conque era tuyo ese dicho? Yo creía que fuera antiguo.

TRASÓN. - ¿Ya lo habías oído?

GNATÓN. - A menudo, y se lo cita entre los más notables.

TRASÓN. - Pues, es mío.

GNATÓN. - ¡Lástima que lo hayas gastado con un joven sin malicia y de buena familia!

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Que los dioses te confundan!

GNATÓN. - Dime: ¿y él?

TRASÓN. - Quedó corrido; y todos los presentes, muertos de risa. En fin, a partir de entonces ya todos me temían.

GNATÓN. - Y con razón.

TRASÓN. - Pero oye, Gnatón: ¿he de sincerarme yo con Tais a propósito de la esclava (*aludiendo a Pánfila*), puesto que nutre sospecha de que estoy prendado de ella?

GNATÓN. - Ni por sueño. Al contrario, atiza mayormente la sospecha.

TRASÓN. - ¿Por qué?

GNATÓN. - ¿Me lo preguntas? ¿No sabes que, si ella alguna vez menciona a Fedria o si lo encomia, eso te mosquea mucho?

TRASÓN. - ¡Sí lo sé!

GNATÓN. - Para que no suceda así, he aquí el único remedio: cuando ella nombre a Fedria, tú al punto nombra a Pánfila; si alguna vez ella sugiere: “Traigamos a Fedria para una comilona”, sugiere tú: “Invitemos a Pánfila a cantar”; si ella pondera la hermosura de aquel, contrapón tú la de esta. En una palabra, paga en la misma moneda para que se pique.

TRASÓN. - Si ella me amase de verdad, entonces, Gnatón, de algo serviría eso.

GNATÓN. - Desde el momento que aguarda y aprecia lo que tú le obsequias, es que ya hace mucho que te ama y ya hace mucho que fácilmente podrías causarle alguna pena; ella siempre andará con miedo de que el provecho que ahora de ti reporta, no lo traspases algún día a otra si es que te enfadas.

TRASÓN. - Bien has dicho; eso a mí ni se me había ocurrido.

GNATÓN. - ¡Qué chiste! Porque no te habías puesto a pensarlo; de lo contrario, tú mismo, Trasón, hubieras caído en ello y mucho mejor que yo.

## ESCENA II

TAIS, TRASÓN, GNATÓN, PARMENÓN, PITIAS

TAIS. - Me ha parecido percibir la voz del soldado. - Y helo aquí. ¡Bien venido, Trasón de mi corazón!

TRASÓN. - ¡Oh, mi Tais, mi amor! ¿Es por ventura por esa tañedora que algo nos quieres?

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Qué gracioso! Acaba de llegar: ¡bonita manera de empezar!

TAIS. - (*A Trasón.*) Te quiero muy mucho, porque tú lo mereces.

GNATÓN. - Vamos, pues, a cenar. (*A Tais.*) ¿Qué esperas?

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Ahí tienes al otro! ¿Quién podría decir que es criatura humana?

TAIS. - Cuando quieras; estoy lista.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) La abordaré, y haré como que salgo ahora. (*Acercándose, alto.*) Tais, ¿adonde piensas ir?

---

una mujer él mismo (muy afeminado). Otra interpretación: “buscas en los demás el libertinaje”. Según Vopisco, *De numeriano* 14 este es un proverbio que se origina con Livio Andrónico, como muchos otros que se encuentran en Plauto y Cecilio.

TAIS. - ¡Oh, Parmenón! Has sido muy gentil, hoy. Yo estaba por ir...

PARMENÓN. - ¿Adonde?

TAIS.- (*Bajo y aludiendo por señas a Timón*) ¡Cómo! ¿No ves aquí a este?

PARMENÓN. - (*Bajo.*) Lo veo, sí, y me fastidia. Cuando gustes, están a tu disposición los presentes que te envía Fedria.

TRASÓN. - ¿Qué esperamos? ¿Por qué no nos vamos?

PARMENÓN. - (*A Trasón.*) Te suplico, por Hércules, que con tu permiso pueda entregarle a esa algo que deseo entregarle, y acercármele y conversar un rato.

TRASÓN. - ¡Espléndidos regalos, me imagino, o por lo menos parecidos a los nuestros!

PARMENÓN. - Los hechos lo manifestarán. (*Gritando hacia el interior*) ¡Hola! Hagan salir acá fuera a los dos esclavos que dije. ¡Pronto! - (*Se presenta la negra.*) ¡Adelante! ¡Acércate! - Esta viene del corazón de Etiopía.

TRASÓN. - Esta valdrá tres minas <sup>24</sup>.

GNATÓN. - Apenas, apenitas.

PARMENÓN. - (*Llamando al supuesto eunuco.*) ¡Eh, tú, Doro!, ¿dónde estás? Llégate acá. - (*A Tais.*) Aquí tienes al eunuco. ¡Mira qué rostro más noble y qué flor de joven!

TAIS. - Así me amen los dioses como es hermoso.

PARMENÓN. - ¿Qué dices tú, Gnatón? ¿Acaso tienes algo que objetar? ¿Y tú, Trasón? (*Pausa.*) Callan: bastante, pues, lo alaban. Ponlo a prueba en la cultura, en los ejercicios del gimnasio, en el arte de las musas, que yo te lo haré parecer competente en todo lo que le corresponde saber a un joven de condición libre.

TRASÓN. - (*Aparte, a Gnatón.*) Yo, a ese eunuco, incluso sin beber, si fuese menester, yo lo...

PARMENÓN. - (*A Tais.*) Y el que te ha enviado tales regalos, no pretende que vivas para él solamente ni que por causa de él echés de casa a los demás; ni te cuenta sus batallas, ni te ostenta sus cicatrices, ni se te planta delante como, en cambio, hace alguno; sino que se conforma con que lo recibas cuando no te resulte molesto, cuando te plazca, cuando se te presente ocasión propicia.

TRASÓN. - (*A Gnatón*) Bien se echa de ver que este es el siervo de algún señor pobre y miserable.

GNATÓN. - Efectivamente, por Hércules, nadie que tuviera con qué adquirir a otro, podría sufrir a este; lo sé muy bien.

PARMENÓN. - Calla tú, a quien yo considero más vil que todos los hombres más viles; pues si has podido decidirte a adular a este (*señalando a Trasón*), creo que eres capaz de sacar la comida de una hoguera (sepulcral) <sup>25</sup>.

TRASÓN. - (*A Tais.*) ¿Nos vamos de una vez?

TAIS. - Primero haré entrar a estos esclavos y al mismo tiempo daré las instrucciones del caso. Y después salgo aquí en seguida.

TRASÓN. - (*A Guatón.*) Yo me marchó. Aguarda tú a Tais.

PARMENÓN. - (*En tono burlón.*) ¡Claro! No conviene en absoluto que por la calle ande un general en compañía de una amiga.

TRASÓN. - ¿Qué quieres que te diga? Haces juego con tu amo.

GNATÓN. - ¡Ja, ja, ja!

TRASÓN. - ¿De qué te ríes?

GNATÓN. - De lo que acabas de decir, y después porque me acuerdo del dicho que le espetaste al mozalbete de Rodas. – Pero ahí sale Tais.

TRASÓN. - Ve adelante, y cuida de que todo esté a punto en casa.

GNATÓN. - Entendido.

---

<sup>24</sup> Precio muy bajo, ya que una buena esclava podía ser cotizada entre veinte (como en *Los Hermanos*, v. 191) o treinta minas (como en *Formión*, v. 557).

<sup>25</sup> *E flamma pétere cibum* (v. 491). Cuando se cremaba a los muertos, se echaba comida a la pira. Uno tenía que ser muy miserable para ir a buscarla ahí. Y además, agarrar comida de una hoguera sepulcral era considerado un crimen infamante. La expresión latina era proverbial para indicar todo acto de audacia injustificada.



TAIS. - (*Saliendo de su casa y hablando con Pitias, que está adentro.*) Ten cuidado, Pitias, por si acaso viniera aquí Cremes, de rogarle ante todo que se quede; si esto no le viniera bien, que regrese; si tampoco esto pudiera, llévemelo allá.

PITIAS. - Así se hará.

TAIS. - ¿Qué?... ¿Qué otra cosa quería decirte? ¡Ah! Cuiden con esmero a esa jovencita; y procuren estar en casa.

TRASÓN. - ¡Vamos!

TAIS. - (*A sus doncellas.*) Ustedes, síganme.

### ESCENA III

#### CREMES, PITIAS

CREMES. - Realmente que cuanto más lo pienso, más me convenzo de que esta Tais me va a causar algún disgusto grande; veo, en efecto, que con tanta astucia trata de hacerme vacilar. Y esto desde el primer momento que me mandó llamar. Alguien quizás pregunte: “¿Qué tienes que ver con ella?” Ni la conocía siquiera. Cuando llegué, halló una excusa para hacerme quedar allí: dijo que había ofrecido un sacrificio y que quería tratar conmigo un asunto de importancia. Ya entonces era de sospechar que todo esto respondiera a alguna mala jugada. Se recuesta conmigo en el triclinio, se deshace en atenciones, provoca la conversación. Cuando esta decae, sale con la pregunta de cuánto tiempo hacía que se habían muerto mi padre y mi madre. “Hace mucho”, le respondo. Y si tengo una granja en Sunio y a qué distancia del mar. Supongo que la encuentra de su gusto y que espera arrebatármela. Por último, si de allí había desaparecido una hermana mía cuando pequeña, si por ventura había alguien con ella, qué llevaba en su persona en el momento del rapto, y si acaso hubiera alguno que pudiera reconocerla. ¿Para qué tantas averiguaciones? ¿No será porque ella, audaz como es, pretende pasar por esa hermana que se me ha perdido hace mucho, cuando era pequeñita? Pero si aquella vive, tiene dieciséis años, no más; Tais, en cambio, es algo mayor que yo. Otra vez mandó a suplicarme que viniera. Pues ¡que diga al fin lo que quiere o que se deje de molestar! Por Hércules, no volveré por tercera vez. - (*Llamando a la puerta de Tais.*) ¡Hola, hola! ¿Hay alguien aquí? Soy yo, Cremes.

PITIAS. - (*Abriendo.*) ¡Oh, dichosos los ojos que te ven!

CREMES. - (*Aparte.*) ¿No digo yo que se me arman trampas?

PITIAS. - Tais quería rogarte encarecidamente que regresaras

CREMES. - Ahora me marchó al campo.

PITIAS. - Pero vuelve, por favor.

CREMES. - Imposible, te digo.

PITIAS. - Entonces quédate aquí con nosotras hasta que vuelva ella.

CREMES. - No faltaba más.

PITIAS. - ¿Por qué, querido Cremes?

CREMES. - ¡Vete al diablo!, ¿quieres?

PITIAS. - Si estás tan resuelto, te estaré agradecida que pases allá donde ella está.

CREMES. - Voy.

PITIAS. - Ve, Dorias; acompáñalo pronto a casa del soldado. (*Salen.*)

### ESCENA IV

#### ANTIFÓN

ANTIFÓN. - Ayer, varios jóvenes nos reunimos en el Pireo a fin de concertar para hoy una comida

a prorratio. A Querea le encargamos organizar la cosa; le entregamos nuestros anillos<sup>26</sup>, y fijamos lugar y hora. La hora ya ha pasado, pero en el lugar acordado, nada hay preparado. El organizador mismo no aparece por ningún lado; yo no sé qué decir ni qué pensar. Ahora los otros me han confiado la tarea de buscarlo; por eso vengo a ver si está en casa. - (*Aparece Querea vestido con la indumentaria del eunuco.*) Pero ¿quién es el que sale ahí, de casa de Tais? ¿Es él o no es él? Es él en persona. Pero ¿qué traza de hombre es esa? ¿Qué atuendo es ese?<sup>27</sup> ¿Qué accidente le ha sucedido? No caben en mí ni más asombro ni más conjeturas; pero, sea lo que sea, se me antoja apartarme un poco para averiguar primero de qué se trata.

## ESCENA V

### QUEREA, ANTIFÓN

QUEREA. - ¿Hay alguien aquí? Nadie. ¿Me sigue alguien de ahí? (*Mirando a la casa de Tais.*) Nadie, tampoco. ¿Puedo al fin dar rienda suelta a mi gozo? ¡Oh, Júpiter! Ahora por cierto estoy dispuesto a aceptar la muerte, por miedo a que la vida venga a mermar el presente regocijo con alguna congoja. Pero ¿será posible que no me tope yo ahora con ningún curioso que me siga a cualquier parte que vaya, y que me importune y abrume a fuerza de preguntarme por qué estoy tan excitado, por qué tan alborozado, a dónde voy, de dónde vengo, en dónde hallé este atuendo, qué es lo que ando buscando, si estoy cuerdo o loco?

ANTIFÓN. - (*Aparte.*) Lo abordaré y le prestaré el servicio que él demuestra desear. (*Alto.*) Querea, ¿qué tienes para estar tan excitado? ¿Qué significa ese vestido? ¿A qué se debe tu regocijo? ¿Qué deseas conseguir? ¿Estás en tu buen sentido? ¿Por qué me miras? ¿Por qué permaneces callado?

QUEREA. - ¡Oh día venturoso para mí! ¡Amigo mío, bienvenido seas! Fuera de ti, nadie hay a quien más quisiera ver en este momento.

ANTIFÓN. - Cuenta, te ruego, lo que te pasa.

QUEREA. - Antes bien, soy yo quien te suplico, por Hércules, que me atiendas. ¿Conoces a la mujer que es el amor de mi hermano?

ANTIFÓN. - Sí; supongo naturalmente que te refieres a Tais.

QUEREA. - Exactamente.

ANTIFÓN. - Ya me parecía.

QUEREA. - Le han obsequiado hoy cierta muchacha... ¿Para qué hacerte ahora, Antifón, un elogio pomposo de su rostro, si tú sabes muy bien qué buen juez de beldades soy yo? Ella ha puesto en vibración todo mi ser.

ANTIFÓN. - ¿De veras?

QUEREA. - Yo sé que si la ves, le asignarías el primer rango. ¿A qué gastar más palabras? Me he prendado de ella. Por una dichosa casualidad teníamos en casa un eunuco que mi hermano consiguiera para Tais y que todavía no se le había llevado. Entonces mi criado Parmenón me insinúa un plan que yo al punto hice mío...

ANTIFÓN. - ¿Cuál es?

QUEREA. - Si callas, lo sabrás antes: que trueque con él la indumentaria y que allá me haga conducir en lugar de él.

ANTIFÓN. - ¿En lugar del eunuco?

QUEREA. - Eso es.

ANTIFÓN. - Pero, al fin, ¿qué provecho sacarías de eso?

---

<sup>26</sup> Los anillos eran la prenda que el organizador de la comida devolvía a los participantes una vez que estos hubieran pagado su cuota (*sýmbola* o *sýmbolum*).

<sup>27</sup> El del eunuco, que le permitió a Querea introducirse en la casa de Tais.

QUEREA. - ¡Vaya una pregunta! Verla, oírla, satisfacer mi anhelo de estar con ella, Antifón. ¿Acaso es motivo tenue o cálculo malo? Se me entregó a Tais. Ella, apenas me recibe, me lleva gozosa a su casa y me encomienda la chica.

ANTIFÓN. - ¿A quién? ¿A tí?

QUEREA. - Sí, a mí.

ANTIFÓN. - (*Irónicamente.*) ¡Bastante bien, después de todo, como medida de seguridad!

QUEREA. - Dispone que ningún varón se acerque a ella; a mí, en cambio, me ordena que no me aparte de ella, sino que me esté a solas con ella en los aposentos interiores. Asiento con una reverencia, mirando modestamente al suelo.

ANTIFÓN. - ¡Pobrecito!

QUEREA. - “Yo, concluye, me voy a cenar afuera”. Se lleva consigo a sus criadas. Solo quedan unas pocas, muchachitas recién adquiridas, para atender a la jovencita. En seguida le preparan todo para que tome un baño. Yo les recomiendo que se den prisa. Durante los preparativos, la muchacha está sentada en su alcoba, con la vista levantada hacia un cuadro, que representaba el episodio de Júpiter cuando, según la leyenda, descargó una lluvia de oro en el regazo de Dánae. Yo también me puse a contemplar tal cuadro, y como él antiguamente había jugado un juego del todo semejante al mío, mucho más me gozaba viendo que un dios se había convertido en hombre y furtivamente se había descolgado por el impluvio de un tejado ajeno para engañar a una mujer. ¡Y qué dios! Aquel que con el fragor de su trueno sacude las más altas regiones del cielo. ¿Y yo, un hombrezuelo, no podía hacer otro tanto? ¡Desde luego que lo hice y con mucho gusto! Mientras a solas conmigo mismo iba rumiando estas ideas, de repente llaman a la chica para el baño. Va, se baña y vuelve. Después aquellas la acostaron en la cama. Estoy de pie aguardando por si me ordenan algo. Viene una y me dice: “¡Hola, Doró! Toma este abanico, y hazle un poco de aire (*imitando la acción de abanicar*), mientras nosotras nos bañamos; cuando nos hayamos bañado, te lavarás tú también, si quieres”. Recibo el abanico con cara de tristeza.

ANTIFÓN. - ¡Oh, cuánto me hubiera gustado, en verdad, ver entonces tu cara dura y lo que sería tu postura! ¡Tú, burro tan grande con un abanico pequeño!

QUEREA. - Apenas hubo ella hablado, todas a la vez se precipitan afuera. Van a bañarse; y arman bochinche, como suele ocurrir en la ausencia de los dueños. En el ínterin el sueño se apodera de la jovencita. Yo la miro de reajo, a través del abanico, así con disimulo (*haciendo el correspondiente ademán*); y al mismo tiempo miro alrededor si todo lo demás está seguro; veo que lo está; echo el cerrojo a la puerta.

ANTIFÓN. - ¿Y luego?

QUEREA. - ¿Cómo “y luego”? ¡Qué tonto!

ANTIFÓN. - ¡Ah!... Tienes razón.

QUEREA. - ¿Iba a perder yo una ocasión que se me ofrecía tan linda, tan rápida, tan ansiada, tan inesperada? En tal caso, por Pólux, yo habría sido en verdad aquel del cual desempeñaba el papel.

ANTIFÓN. - Sí, por Hércules, es como tú dices. Pero entre tanto ¿qué ha sido de nuestra comida? <sup>28</sup>

QUEREA. - Está lista.

ANTIFÓN. - ¡Eres una perla! Pero, ¿dónde? ¿En tu casa?

QUEREA. - No; en la del liberto Disco.

ANTIFÓN. - Queda muy lejos; pero es una razón más para que apretemos el paso. Cambia de vestido.

QUEREA. - ¿Dónde me podría cambiar? Estoy perdido, porque estoy ahora desterrado de mi casa. Temo encontrar ahí a mi hermano; como asimismo que mi padre haya regresado ya del campo.

ANTIFÓN. - Vamos a mi casa; es el lugar más cercano donde puedes cambiarte.

QUEREA. - Tienes razón, vamos. Y de paso quiero consultar contigo acerca de la jovencita para ver cómo podría obtenerla.

ANTIFÓN. - De acuerdo.

---

<sup>28</sup> De *symbolis*. *Symbola* en plural significa “comida a prorratio (o escote)”.

## ACTO IV

### ESCENA I

DORIAS

DORIAS. - Así me amen los dioses como yo, desdichado, en cuanto al soldado, estoy con cierto temor de que hoy ese loco no le haga alguna escena o violencia a Tais. En efecto, no bien llegó ese joven, Cremes, hermano de la muchacha, le ruega al soldado que lo haga entrar; él al punto se pica pero sin atreverse a rehusar; y entonces Tais insiste en que lo invite a cenar. Esto lo hacía a fin de retenerlo, ya que para decirle lo que quería descubrirle acerca de su hermana, ese no era el momento. El otro lo convida a regañadientes. Se quedó entonces Cremes. Ella, sin la menor dilación, traba con él conversación. Pero el soldado se imagina que es un rival que le ha metido por debajo de la nariz; queriendo, pues, a su vez causarle disgusto: “¡Hola, muchacho!, exclamó; haz venir a Pánfila aquí para que nos divierta”. - “¡En absoluto!, grita Tais; ¿esa chica en un banquete?” El soldado se empecina; de ahí se sigue una riña. Entre tanto, mi señora se quita a escondidas sus joyas y me las da para que las lleve<sup>29</sup>. Señal de que, no bien pueda, se escabullirá de ahí: estoy segura. (*Se hace a un lado.*)

### ESCENA II

FEDRIA, (DORIAS)

FEDRIA. - (*Aparte.*) Yendo al campo, como sucede de ordinario cuando uno tiene una inquietud en el ánimo, comencé por el camino a rumiar conmigo mismo una cosa tras otra y todas en sentido peyorativo... ¿Para qué extenderme? Mientras iba pensando tales cosas, sin darme cuenta pasé de largo ante la granja. Ya estaba muy lejos cuando caí en la cuenta. Vuelvo sobre mis pasos echando pestes contra mí mismo. Cuando llegué justamente al cruce de los dos caminos, me paré y me puse a pensar en mis adentros: “¡Hum! ¿Por dos días voy a quedar aquí, solo, sin ella? ¿Y después qué? Nada. - ¿Cómo nada? Si no tengo autorización para tocarla, ¡oh!, ¿tampoco la tendré para verla? Si aquello no me es posible, lo será por lo menos esto. Amar desde la línea extrema<sup>30</sup> no es, sin duda, igual a nada”. Y esta vez a sabiendas paso de largo ante la granja. - Pero ¿por qué saldrá Pitias tan alterada y tan de prisa?

### ESCENA III

PITIAS, DORIAS, FEDRIA

PITIAS. - (*Aparte.*) ¿Dónde encontraré yo a ese criminal desalmado? ¿Dónde lo buscaré? ¡Haberse atrevido a cometer tan audaz fechoría!

FEDRIA. - (*Aparte.*) ¡Infeliz de mí! ¿Qué será eso? Estoy inquieto.

PITIAS. - (*Aparte.*) Y por añadidura el facineroso, tras deshonar a la jovencita, le desgarró todo el vestido, ¡pobrecita!, y además le laceró la cabellera.

---

<sup>29</sup> Semejante precaución supone confianza de parte de Tais en la honestidad del militar. Donato propone esta explicación: “a fin de no perder las alhajas que retenía a cambio de la doncella, o... a fin de estar más desembarazada para la fuga o la riña”.

<sup>30</sup> Es decir, “desde la última posición”. Donato dice a este respecto: “Cinco son las líneas perfectas para el amor: la primera es ver, la segunda dirigir la palabra, la tercera tocar, la cuarta besar, la quinta tener trato sexual”.

FEDRIA. - (*Aparte, con indignación y asombro.*) ¡Eh!

PITIAS. - (*Aparte.*) Si ahora se presentase ante mí, ¡con qué gusto me arrojaría yo sobre él, clavándole las uñas en los ojos, a ese corruptor!

FEDRIA. - (*Aparte.*) Por cierto durante mi ausencia ha estallado en casa quién sabe qué revuelta. Me acercaré. (*A Pitias.*) ¿Qué pasa, Pitias? ¿Por qué te apresuras? ¿A quién buscas?

PITIAS. - ¡Ah, Fedria! ¿A quién busco yo? ¡Vete de aquí adonde mereces estar con tus obsequios tan agradecidos!

FEDRIA. - ¿Qué es eso?

PITIAS. - ¿Y me lo preguntas? El eunuco que nos has dado, ¡qué disgusto nos ha causado! Ha violado a la muchacha que el soldado le había regalado a mi señora.

FEDRIA. - ¿Qué dices?

PITIAS. - ¡Estoy arruinada!

FEDRIA. - ¡Estás ebria!

PITIAS. - ¡Ojalá estén así los que mal me quieren!<sup>31</sup>

DORIAS. - Pero, dime, por tu vida, mi Pitias: ¿qué monstruo fue, pues, ese?

FEDRIA. - Estás loca. ¿Cómo pudo un eunuco hacer eso?

PITIAS. - Yo no sé qué clase de hombre él fue; pero lo que ha hecho, la realidad misma lo atestigua. La chica está deshecha en llanto y cuando le preguntas qué le pasa, no se atreve a decirlo. A esto se añade que ese hombre de bien no aparece por ningún lado; y aun sospecho, ¡desdichada de mí!, que algo se haya llevado al marcharse de casa.

FEDRIA. - Me extrañaría en extremo que ese tipo apocado pudiera escaparse muy lejos, a no ser que tal vez haya vuelto ya a nuestra casa.

PITIAS. - Ve a ver, por favor, si está.

FEDRIA. - Te lo haré saber en seguida. (*Se retira y entra en su casa.*)

DORIAS. - ¡Qué desgracia! ¡Te juro, querida, que yo ni siquiera había oído hablar de una barbaridad tan atroz!

PITIAS. - Yo, por Pólux, había oído decir que esos eran grandes amantes de las mujeres, pero impotentes. En verdad, ¡desventurada de mí!, no se me había ocurrido la otra perspectiva; si no, lo hubiera encerrado en algún sitio y no le hubiera encomendado la jovencita.

## ESCENA IV

FEDRIA, DORO, PITIAS, DORIAS

FEDRIA. - (*Arrastrando fuera de la casa a Doro.*) ¡Sal afuera, facineroso! ¡Oh! ¿Aún te resistes, tú, tan listo para huir? ¡Adelante, mala adquisición!<sup>32</sup>

DORO. - (*Suplicante.*) ¡Por favor!

FEDRIA. - ¡Oh, mira cómo se ha transformado su aspecto el verdugo! ¿Cómo es que has vuelto por acá? ¿Por qué ese cambio de traje? ¿Qué me contestas? - (*A Pitias.*) Si yo hubiera tardado un poquito, Pitias, no lo hubiera encontrado en casa, tan preparado lo tenía ya todo para la huida.

PITIAS. - Y dime, por tu vida: ¿tienes a nuestro sujeto en tus manos?

FEDRIA. - ¿Cómo no lo voy a tener?

PITIAS. - ¡Ah, qué bien!

DORIAS. - ¡Bien de veras, por Pólux!

<sup>31</sup> Es decir, ebrios, así como tú dices que estoy yo : ebrios de verdad; o ebrios de rabia y desgracia, así como yo estoy realmente. Esta segunda es la interpretación de Donato, que explica: "no ebria por el vino, sino ebria (o sea, trastornada) por la calamidad".

<sup>32</sup> Literalmente, mal adquirido. Expresión empleada corrientemente en sentido injurioso. Donato supone, en cambio, que Fedria alude al precio que le costó Doro.

PITIAS. - ¿Dónde está?

FEDRIA. - ¡Vaya pregunta! ¿No lo ves?

PITIAS. - ¿Que yo lo veo? Dime, en nombre del cielo: ¿a quién?

FEDRIA. - A este, claro está.

PITIAS. - ¿Quién es este hombre?

FEDRIA. - El que ha sido conducido hoy a la casa de ustedes.

PITIAS. - ¿Este? Ninguna de nosotras, jamás lo vio con sus ojos, Fedria.

FEDRIA. - ¿Que no lo vio?

PITIAS. - Dime, te ruego: ¿has creído, acaso, que este es aquel que nos han traído a casa?

FEDRIA. - Pues yo no he tenido ningún otro.

PITIAS. - ¡Bah! En verdad que este ni siquiera es de comparar con aquel: aquel era de un exterior hermoso y distinguido.

FEDRIA. - Así le ha parecido hace poco porque estaba enjaezado con un vestido de varios colores. Ahora, como ya no lo lleva, te parece feo.

PITIAS. - Calla, te ruego. ¡Como si en realidad hubiera poca diferencia! El que hoy nos trajeron es un jovencito que tú, Fedria, ciertamente habrías querido ver. Este es un viejo arrugado, decrepito, atontado, de tez de comadreja.

FEDRIA. - ¡Eh! ¿Qué cuento es este? ¿Quieres forzarme a creer que ni yo sé lo que hice? *(A Doro.)* Oye, tú, ¿no te compré yo a ti?

DORO. - Sí.

PITIAS. - Dile que ahora me responda a mí.

FEDRIA. - Pregúntale no más.

PITIAS. - ¿Has venido tú hoy a nuestra casa? - *(Doro hace un gesto negativo.)* Dice que no. Pues, el que ha venido es el otro, un joven de dieciséis años; lo trajo consigo Parmenón.

FEDRIA. - *(A Doro.)* Veamos. Explicame esto ante todo: el vestido que llevas, ¿de dónde lo has sacado? *(Pausa.)* ¿Te callas? Monstruo de hombre, ¿no quieres decirlo? *(Lo agarra por el cuello.)*

DORO. - Vino Querea...

FEDRIA. - ¿Mi hermano?

DORO. - Sí.

FEDRIA. - ¿Cuándo?

DORO. - Hoy.

FEDRIA. - ¿Hace mucho?

DORO. - Hace poco.

FEDRIA. - ¿Con quién?

DORO. - Con Parmenón.

FEDRIA. - ¿Lo conocías de antes?

DORO. - No; ni jamás había oído decir quién era.

FEDRIA. - ¿Cómo, entonces, sabías que era mi hermano?

DORO. - Parmenón lo decía. *(Continuando la declaración empezada por las palabras "Vino Querea...")* Me dio, pues, este vestido...

FEDRIA. - *(Aparte.)* Estoy perdido.

DORO. - *(Terminando.)* Y él se puso el mío; después salieron afuera los dos juntos.

PITIAS. - ¿Te basta ya con esto para creer que ni estoy bebida ni que en nada te he mentado? ¿Estás convencido finalmente de que la muchacha ha sido violada?

FEDRIA. - Vamos, bruta, ¿crees tú lo que este dice?

PITIAS. - ¿Qué necesidad tengo de creerlo? Los hechos hablan por sí solos.

FEDRIA. - *(A Doro.)* Retírate un poco hacia allá: ¿me oyes? Un poquito más todavía: basta. ¡Eh!, repito: ¿es Querea quien te ha quitado tu vestido?

DORO. - Efectivamente.

FEDRIA. - ¿Y se lo ha puesto él?

DORO. - Eso es.

PEDRIA. - ¿Y lo han conducido allí (*señalando la casa de Tais*) en lugar tuyo?

DORO. - Sí.

FEDRIA. - ¡Gran Júpiter! ¡Vaya hombre criminal y osado!

PITIAS. - ¡Ay de mí! ¿Aun ahora no crees que nos han burlado en forma indigna?

FEDRIA. - Sorprendente sería si no creyeras lo que dice ese. (*Aparte.*) No sé qué hacer. (*Bajo, a Doro.*) ¡Hola, tú! Al revés de antes, responde ahora que no. (*Alto.*) ¿Lograré yo arrancarte hoy la verdad? ¿Has visto a mi hermano Querea?

DORO. - No.

FEDRIA. - Por lo que veo, no es capaz de confesar sino bajo tortura. (*A Doro*) Sígueme por aquí. (*A Pitias.*) Ora dice que sí, ora que no. (*Bajo, a Doro.*) Pídeme perdón.

DORO. - Sinceramente, Fedria, te pido perdón.

FEDRIA. - ¡Adentro, en seguida! (*Lo golpea.*)

DORO. - ¡Ay, ay!

FEDRIA. - (*Aparte.*) No veo otro expediente para salir del paso honrosamente. (*Alto, a Doro.*) Se acabó para ti, bribón, si aquí también pretendes burlarte de mí. (*Sale, empujando delante de sí a Doro.*)

PITIAS. - Esta es una artimaña de Parmenón: tan segura estoy de ello como de que vivo.

DORIAS. - Es así no más.

PITIAS. - Por Pólux, que hallaré hoy la manera de pagarle con la misma moneda. Pero por lo pronto ¿qué te parece, Dorias, que he de hacer?

DORIAS. - ¿Me lo preguntas con relación a esa chica?

PITIAS. - Claro. ¿He de callar o divulgar la cosa?

DORIAS. - Por Pólux, tú, si tienes seso, haz como si no supieras lo que sabes sobre el eunuco y la violación de la jovencita. Así te librarás de todo embrollo y a la vez le causarás placer a ella. Di tan solo que Doro se ha ido.

PITIAS. - Así lo haré.

DORIAS. - Pero ¿no es Cremes al que veo? Pues, pronto estará aquí Tais.

PITIAS. - ¡Oh!, ¿por qué?

DORIAS. - Porque (*mostrando las alhajas*), cuando yo me retiré de allá, ya se había armado la gresca entre ellos.

PITIAS. - Lleva tú adentro esas alhajas. Yo me enteraré por él (*señalando a Cremes*) de lo que pasa. (*Dorias entra en casa.*)

## ESCENA V

### CREMES, PITIAS

CREMES. - (*Entra tambaleante, sin ver a Pitias.*) Pero ¡caramba! ¡Me veo embaucado, por Hércules! ¡Me ha vencido el vino que he bebido! ¡Y pensar que allá en la mesa, me parecía estar estupendamente en mis cabales! Pero desde que me he levantado, ni la cabeza ni los pies cumplen bien su deber.

PITIAS. - (*Llamando.*) ¡Cremes!

CREMES. - ¿Quién va? ¡Hola, Pitias! ¡Vaya! ¡Cuánto más hermosa me pareces ahora que hace un instante! (*Trata de abrazarla.*)

PITIAS. - Y tú, tú sí, por Pólux, estás mucho más divertido.

CREMES. - Por Hércules, razón tendrá el refrán: “Sin Ceres y sin Líber, Venus está yerta de frío”. - Pero ¿hace mucho que Tais ha llegado?

PITIAS. - ¿Cómo? ¿Ha dejado ya al soldado?

CREMES. - ¡Oh, hace rato! Ha estallado entre ellos un litigio extraordinario.

PITIAS. - ¿No te dijo que la siguieses?

CREMES. - No; tan solo me hizo una seña al marcharse.

PITIAS. - ¡Y bueno! ¿No era suficiente?

CREMES. - Pues, yo no sabía que aludía a eso. Pero el soldado remedió mi falta de inteligencia, porque me echó a la calle. – Pero allí viene ella misma. Con asombro me pregunto dónde le habré tomado yo la delantera.

## ESCENA VI

TAIS, CREMES, PITIAS

TAIS. - (*Aparte.*) Verdaderamente yo opino que él llegará acá en seguida para quitármela. ¡Que venga no más! Pero si la toca con un dedo siquiera, al punto le arrancaré los ojos. Yo puedo soportar sus estupideces y palabras altisonantes mientras solo sea cuestión de palabras: pero si pasa a ponerlas por obra, recibirá su buena tunda.

CREMES. - Tais, hace rato que me encuentro yo aquí.

TAIS. - ¡Oh, querido Cremes! Justamente te aguardaba a ti. ¿Sabes que todo este alboroto se ha suscitado por ti? ¿Y que además todo este asunto te atañe a ti?

CREMES. - ¿A mí? ¿Por qué? Como si eso...

TAIS. - Porque, procurando yo devolverte y restituirte tu hermana, tuve que pasar estos malos ratos y otros muchos como estos.

CREMES. - ¿Dónde está ella?

TAIS. - En mi casa.

CREMES. - (*Con temor.*) ¡Oh!

TAIS. - ¿De qué te alarmas? Ha sido criada de una manera digna de ti y de ella.

CREMES. - ¿Qué me estás diciendo?

TAIS. - La pura verdad. Yo te la regalo sin reclamarte por ella recompensa alguna.

CREMES. - Te quedo reconocido, Tais, y te atestiguaré siempre el reconocimiento como tú lo mereces.

TAIS. - Cuida, Cremes, de no perderla antes de recibirla de mis manos; pues ella es la que el soldado viene ahora a quitarme por la fuerza. Tú, Pitias, vete y trae de casa la cestilla que contiene las piezas de reconocimiento<sup>33</sup>.

CREMES. - (*Viendo a lo lejos a Trasón con su comitiva.*) Tais, ¿ves tú a ese...?

PITIAS. (*A Tais, preguntando por la cestilla.*) ¿En qué sitio está?

TAIS. - En el cofre. ¡Muévete, que me fastidias con tu cachaza!

CREMES. - ¡Es el soldado! ¡Oh, oh! ¡Qué de tropas trae aquí contra ti!

TAIS. - Pero, dime, querido: ¿eres, acaso, miedoso?

CREMES. - ¡Eso no! ¿Miedoso yo? ¡No hay nadie en el mundo que lo sea menos que yo!

TAIS. - Y en verdad, es lo que hace falta.

CREMES. - ¡Oh, me pregunto con inquietud qué clase de hombre me crees!

TAIS. - Deja eso, y considera que el sujeto a quien has de enfrentar es forastero, menos influyente que tú, menos conocido, con menos amigos aquí.

CREMES. - Lo sé. Pero es necio sufrir lo que se puede impedir. Prefiero yo tomar precauciones a tomar venganza contra él después que me haya maltratado. Tú vete y por dentro cierra con cerrojo la puerta, mientras yo iré corriendo al foro: quiero que estén aquí algunos que nos den una mano en este enredo.

TAIS. - Quédate.

---

<sup>33</sup> Son los *crepúndia* o dijes, signos de reconocimiento, colgados del cuello de los niños. Los griegos, según nos informa Donato, hablaban de *gnorísmata kai spárgana* (signos de reconocimiento y pañales).



CREMES. - No: es mejor eso.

TAIS. - Déjate de ayuda.

CREMES. - ¡Pero regreso en seguida!

TAIS. - No hace falta esa gente, Cremes. Es suficiente que digas que aquella es tu hermana, que la habías perdido cuando pequeña, que ahora la has reconocido. Y muestras las pruebas. (*Entra Pitias con la cestilla.*)

PITIAS. - Aquí las tienes.

TAIS. - (*A Cremes.*) Tómalas. Si te hace violencia, lleva al individuo ante la justicia. ¿Has entendido?

CREMES. - Perfectamente.

TAIS. - Procura decir todo esto con presencia de espíritu.

CREMES. - Así lo haré.

TAIS. - Arremanga tu manto <sup>34</sup>. (*Aparte.*) ¡Pobre de mí! ¡El mismo necesita protector y yo lo tomo por defensor!

## ESCENA VII

TRASÓN, GNATÓN, SANGA, CREMES, TAIS

TRASÓN. - ¿Que yo, Gnatón, haya de sufrir una afrenta tan patente? ¡Mejor morir! - ¡Simalión! ¡Dónax! ¡Sirisco! ¡Siganme! Primero tomaré por asalto la casa.

GNATÓN. - Bien.

TRASÓN. - Sacaré por la fuerza a la muchacha.

GNATÓN. - Muy bien.

TRASÓN. - Aplicaré una buena tunda a la dueña.

GNATÓN. - ¡Estupendo!

TRASÓN. - ¡Acá, Dónax, al centro de la columna con tu barra! ¡Tú, Simalión, al ala izquierda! ¡Tú, Sirisco, a la derecha! ¡Vengan otros! ¿Dónde está el centurión Sanga y su banda de ladrones? <sup>35</sup>

SANGA. - ¡Presente! (*Avanza con una esponja.*)

TRASÓN. - ¿Cómo, cobarde? ¿Piensas luchar con una esponja, que traes acá esa arma?

SANGA. - ¿Yo? Yo conocía la intrepidez de mi general y la impetuosidad de sus tropas, y que por consiguiente no se podría hacer esto sin derramamiento de sangre. Y bien, ¿cómo iba a limpiar las heridas?

TRASÓN. - ¿Dónde están los otros?

SANGA. - ¿Cómo, diantre, los otros? Falta solo Sannio <sup>36</sup>, que ha quedado al cuidado de la casa.

TRASÓN. - (*A Gnatón.*) Tú pon a esos en orden de batalla; yo me ubicaré ahora tras la primera línea; desde allí daré la señal a todos.

GNATÓN. - Eso es ser cuerdo. Primero ha ordenado a los demás y después ha tomado para sí el lugar más seguro.

TRASÓN. - Esta misma táctica ya la estilaba Pirro habitualmente.

CREMES. - (*Asomando la cabeza, juntamente con Tais, por una ventana alta.*) ¿Ves, Tais, lo que él se propone? Es de veras acertado mi consejo de atrancar las puertas.

TAIS. - Aunque ahora te parezca que es un hombre esforzado, ten la seguridad que es un gran fanfarrón; no le tengas miedo.

TRASÓN. - (*Perplejo, a Gnatón.*) ¿Qué te parece?

GNATÓN. - Enormemente quisiera yo ahora que se te diera una honda, para que los sacudieras

<sup>34</sup> Es decir, “dispónete para luchar”.

<sup>35</sup> Alusión a los colaboradores de Sanga, jefe de cocina en casa de Trasón. La tacha de ladrones era común para los cocineros.

<sup>36</sup> *Sannio* como nombre común significa “bufón”.

desde aquí, desde este lejano escondite: sin dilación emprenderían la huida.

TRASÓN. - (*Levantando la vista.*) Pero he ahí que veo venir a Tais en persona.

GNATÓN. - Pues, ¿por qué no arremetemos ya?

TRASÓN. - Espera. Conviene que el sabio lo intente todo antes de recurrir a las armas. ¿Qué sabes tú si ella no hará sin resistencia lo que yo le ordene?

GNATÓN. - ¡Santos dioses! ¡Qué cosa grande es ser sabio! Nunca me acerco a ti sin que luego me marche más sagaz.

TRASÓN. - (*Se acerca a la casa.*) Tais, contesta primero a esta pregunta: cuando yo te di esa chica, ¿no dijiste que estos dos días los reservarías para mí solamente?

TAIS. - Claro. ¿Y qué más?

TRASÓN. - ¿Lo preguntas? Tú ante mis propios ojos trajiste a tu amante...

TAIS. - (*Aparte.*) ¿Qué se puede hacer con hombre semejante?

TRASÓN. - Y con él, te alejaste de mí a hurtadillas.

TAIS. - Así se me antojó.

TRASÓN. - Pues, devuélveme a Pánfila, a menos que prefieras te sea arrebatada por la fuerza.

CREMES. - ¡Devuélvete, o tocarla tú, de todos el más...!

GNATÓN. - (*A Cremes, intimidándolo.*) ¡Eh! ¿Qué haces? ¡Calla!

TRASÓN. - (*A Cremes.*) ¿Qué pretendes? ¿Que no toque a una mujer que es mía?

CREMES. - ¿Cómo tuya, canalla?

GNATÓN. - ¡Cuidado, por tu vida! Tú no sabes a qué hombre estás afrontando.

CREMES. - (*A Gnatón.*) ¡Largo de aquí! - (*A Trasón.*) Y tú, ¿sabes qué situación es la tuya? Si hoy provocas aquí algún alboroto, haré yo que te acuerdes para siempre de este lugar, de este día y de mí mismo.

GNATÓN. - (*Burlándose de Cremes y Trasón.*) Me da lástima de tí, porque vuelves enemigo tuyo a un personaje tan grande.

CREMES. - Si no te vas de una vez, hoy te voy a hacer pedazos.

GNATÓN. - ¿Hablas en serio, perro? ¿Es así como te portas?

TRASÓN. - (*A Cremes.*) ¿Quién eres tú? ¿Qué pretendes aquí? ¿Qué tienes que ver con ella?

CREMES. - Lo sabrás en seguida. Primeramente te digo que ella es de condición libre...

TRASÓN. - ¿Eh?

CREMES. - Ciudadana de Atenas...

TRASÓN. - ¡Huy!

CREMES. - Hermana mía.

TRASÓN. - ¡Qué cara dura!

CREMES. - Soldado, ahora te intimo formalmente que no le hagas violencia alguna. - Tais, yo me voy a casa de Sofrona, su nodriza; acá la traeré y le mostraré estas pruebas de reconocimiento (*señalando la cestilla.*).

TRASÓN. - ¿Habrás tú de impedirme que toque a una jovencita que me pertenece?

CREMES. - Te lo impediré, sí.

GNATÓN. - (*A Trasón.*) ¿Lo oyes? Este hombre se hace culpable de hurto; con tal cargo te basta.

TRASÓN. - (*A Tais.*) ¿Declaras tú lo mismo, Tais?

TAIS. - Busca a quien te responda. (*Se va.*)

TRASÓN. - (*Pausa.*) Y ahora ¿qué hacemos?

GNATÓN. - Y bien, volvámonos. Ya vendrá ella espontáneamente a suplicarte.

TRASÓN. - ¿Lo crees?

GNATÓN. - Más aún: estoy seguro. Yo conozco el humor de las mujeres: cuando tú quieres algo, ellas no quieren; y cuando tú ya no lo quieres, ellas por propio impulso lo quieren.

TRASÓN. - Tienes razón.

GNATÓN. - ¿Licencio ya al ejército?

TRASÓN. - Cuando quieras.

GNATÓN. - Sanga, como corresponde a los soldados esforzados, acuérdate también de la casa y

del hogar <sup>37</sup>.

SANGA. - Hace rato que mi pensamiento está puesto en las cacerolas.

GNATÓN. - ¡Bravo! (*Sanga sale.*)

TRASÓN. - Ustedes, síganme por aquí. (*Salen todos.*)

## ACTO V

### ESCENA I

TAIS, PITIAS

TAIS. - ¿Persistes, maldita, en hablar conmigo de esa manera intrincada? “Sé... No sé... Se fue... Oí decir... No estuve yo ahí”. ¿No me dirás claramente la cosa, cualquiera que ella sea? La muchacha, con su ropa rasgada, llora y calla; el eunuco se fue, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? ¿No dices nada?

PITIAS. - ¡Pobre de mí! ¿Qué quieres que te diga? Dicen que aquel no era eunuco.

TAIS. - ¿Quién era entonces?

PITIAS. - ¡Querea!

TAIS. - ¿Cuál Querea?

PITIAS. - Ese joven, hermano de Fedria.

TAIS. - ¿Qué dices, bruja?

PITIAS. - Pues lo sé con certeza.

TAIS. - Dime, te ruego: ¿para qué vino a nuestra casa? ¿Por qué lo trajeron?

PITIAS. - No lo sé; tan solo pienso que estuviera enamorado de Pánfila.

TAIS. - ¡Ay de mí! Estoy perdida, ¡desdichada de mí!, si es verdad lo que dices. ¿Acaso es por eso que llora la chica?

PITIAS. - Me figuro que sí.

TAIS. - ¿Qué dices, malvada? ¿Es eso lo que te prescribí al salir de casa?

PITIAS. - ¿Qué podía hacer yo? Siguiendo tus instrucciones, se la confié a él solo.

TAIS. - ¡Criminal! ¡Confiaste la oveja al lobo! Estoy corrida de vergüenza al verme burlada de este modo. (*Viendo venir a Querea con la ropa del eunuco.*) ¿Qué clase de hombre es ese?

PITIAS. - ¡Señora mía, calla, calla, te ruego! Estamos salvas. Aquí tenemos al hombre en cuestión.

TAIS. - ¿Dónde está?

PITIAS. - ¡Helo allá, a la izquierda! ¿Lo ves?

TAIS.-Veo...

PITIAS. - Manda apresarlos cuanto antes.

TAIS. - ¿Y qué haremos con él, tonta?

PITIAS. - ¿Qué harás, me preguntas? Fíjate, por favor, si a simple vista no muestra tener un semblante impertinente. ¿No es así? Y después ¡qué atrevimiento el suyo!

### ESCENA II

QUEREA, TAIS, PITIAS

QUEREA. - (*Aparte, sin ver a las mujeres.*) En casa de Antifón, -¡ni que se hubieran puesto de acuerdo!- se encontraban adentro los dos, su padre y su madre; así que de ningún modo podía yo entrar

<sup>37</sup> *Domi focique*. La palabra *focus* puede significar “hogar” y “fogón”. Sanga la toma en el segundo sentido, que cuadra a su oficio de cocinero.

sin que ellos me vieran. Entre tanto, mientras estaba parado ante la puerta, me salió al encuentro un conocido. Apenas lo vi, puse los pies en polvorosa hacia un callejón desierto; desde allí igualmente hacia otro, y después hacia otro más. Y así, presa de desesperación, estuve huyendo con precipitación para que nadie me reconociera. - Pero ¿es Tais ésta que veo? ¡Ella misma! No sé cómo portarme en este aprieto. Pero, al fin, ¿a mí qué? ¿Qué me ha de hacer?

TAIS. - (*Aparte.*) Abordémoslo. (*A Querea, irónicamente.*) ¡Salud, Doro, hombre de bien! Dime: con que ¿has huido?

QUEREA. - Efectivamente, señora.

TAIS. - ¿Y te parece bien eso?

QUEREA. - No.

TAIS. - ¿Y piensas salirte impunemente con la tuya?

QUEREA. - Perdóname esta falta, esta tan solo; si algún día llego a cometer otra, márame al punto.

TAIS. - ¿Temiste acaso mi rigor?

QUEREA. - No.

TAIS. - Y entonces ¿qué?

QUEREA. - Temí que esta (*señalando a Pitias*) me acusara ante ti.

TAIS. - ¿Qué habías hecho?

QUEREA. - Una bagatela.

PITIAS. - ¡Ah, sinvergüenza! ¿Una bagatela? ¿Acaso te parece una bagatela deshonrar a una jovencita que es ciudadana?

QUEREA. - La creía compañera de esclavitud.

PITIAS. - ¿“Compañera de esclavitud”? ¡No sé qué me detiene de agarrarte de los pelos, esperpento de hombre! (*A Tais.*) Aun viene, por añadidura, a reírse de nosotras.

TAIS. - ¡Vete de aquí, loca!

PITIAS. - ¿Por qué? Si yo hiciera eso <sup>38</sup>, aún le quedaría debiendo, creo, a este tunante, sobre todo cuando declara ser esclavo tuyo<sup>39</sup>.

TAIS. - Dejemos a un lado eso. No te has portado, Querea, en forma digna de ti; pues aunque yo me merezco, y en gran manera, semejante afrenta, con todo es indigno de ti que me la infirieras. Y ahora, por Pólux, no sé qué partido tomar con respecto a esta muchacha; de tal modo me has trastornado todos los proyectos que ya no puedo entregarla a los suyos como convenía y como también era mi intento, pues entendía, Querea, granjearme con eso una gratitud segura.

QUEREA. - Pero de aquí en adelante yo espero, Tais, que existirá entre nosotros una amistad eterna. A menudo, de casos que empezaron mal como este, ha surgido una intimidad notable. ¿Y si fuese algún dios que así lo quiso?

TAIS. - Por mi parte, por Pólux, lo tomo y acepto en este sentido.

QUEREA. - Sí, hazlo así, te lo ruego. De una cosa puedes estar segura: que el móvil de mi acción no fue causarle afrenta, sino ceder a mi amor.

TAIS. - Lo sé, y es por eso, por Pólux, si al presente propendo más al perdón. No tengo, Querea, un corazón tan fiero ni soy tan inexperta que no sepa lo que puede el amor.

QUEREA. - Así me amen los dioses como yo te quiero, Tais, a ti también.

PITIAS. - Entonces, por Pólux, me parece, señora, que has de guardarte de ese.

QUEREA. - Con ella no me atrevería...

PITIAS. - No te creo ni pizca.

TAIS. - (*A Pitias.*) ¡Acaba ya!

QUEREA. - Yo ahora te pido que me ayudes en este asunto: yo me encomiendo y entrego a tu discreción; te tomo, Tais, por mi patrona; consiente, te conjuro. Mira que me voy a morir si no me caso con ella.

<sup>38</sup> Es decir, agarrar de los pelos a Querea.

<sup>39</sup> Afirmó él, en efecto, que creía a la chica una compañera de esclavitud.

TAIS. - Pero así y todo, si tu padre...

QUEREA. - ¿Cómo? ¡Oh!, lo querrá, estoy seguro, con tal que ella sea ciudadana.

TAIS. - Si quieres esperar un poquito, ya estará aquí el mismo hermano de la chica; fue a buscar a la nodriza que la crió cuando pequeña. Tú mismo asistirás al reconocimiento, Querea.

QUEREA. - Desde luego que me quedo.

TAIS. - ¿Quieres que entre tanto, hasta que llegue, lo esperemos en casa más bien que aquí ante la puerta?

QUEREA. - Por cierto; y aun lo deseo vivamente.

PITIAS. - (*A Tais.*) ¡Por favor!, ¿qué vas a hacer?

TAIS. - Pues, ¿qué quieres decir con eso?

PITIAS. - ¿Y me lo preguntas? Después de lo que ha hecho ¿piensas recibirlo en casa?

TAIS. - ¿Por qué no?

PITIAS. - Confía en mi palabra: este armará de nuevo una revuelta.

TAIS. - ¡Ea, calla, te conjuro!

PITIAS. - Parece que no te das cuenta cabal de su osadía.

QUEREA. - No haré, Pitias, nada malo.

PITIAS. - No lo creo, Querea, a no ser que nada quede al alcance de tus manos.

QUEREA. - Y bien, Pitias, encárgate de vigilarme.

PITIAS. - Por Pólux, no osaría darte nada para que lo guardes ni menos guardarte yo a tí. ¡Vete al diablo!

TAIS. - Allí viene, muy oportuno, su propio hermano.

QUEREA. - ¡Estoy perdido, por Hércules! Vamos adentro, Tais, te suplico; no quiero que me vea en la calle con este vestido.

TAIS. - Pues ¿por qué? ¿Es que tienes vergüenza?

QUEREA. - Eso es.

PITIAS. - ¿"Eso es"? ¡Oh, niña pudorosa!

TAIS. - (*A Querea.*) Ve adelante, que yo te sigo. (*A Pitias.*) Tú, Pitias, quédate aquí para introducir a Cremes. (*Salen Tais y Querea.*)

### ESCENA III

PITIAS, CREMES, SÓFRONA

PITIAS. - ¿Qué? ¿Qué podría maquinar yo ahora? ¿Qué medio para pagar con la misma moneda a ese malvado (*aludiendo a Parmenón*), que nos embaucó trayendo un falso eunuco?

CREMES. - (*Conduciendo a Sofrona.*) ¡Vamos, nodriza, muévete más de prisa!

SÓFRONA. - Ya me muevo.

CREMES. - Lo veo, pero no avanzas nada.

PITIAS. - ¿Ya le has mostrado las señales a la nodriza?

CREMES. - Todas.

PITIAS. - Por tu vida: ¿qué dice? ¿Las reconoce?

CREMES. - Sí, y fielmente.

PITIAS. - Me complazco, por Pólux, en oírte decir eso; pues a esa jovencita entiendo favorecerla. - (*A Cremes y Sofrona.*) Pasen adentro: hace rato que mi señora los está esperando allí. (*Salen Cremes y Sofrona.*) - (*A solas.*) Aquí veo venir a esa joya de Parmenón. ¡Mira qué tranquilo se acerca! Si así place a los dioses, espero hallar la manera de hacerlo sufrir a mi gusto. Iré allá dentro para cerciorarme del reconocimiento. Luego saldré y le pegaré un susto a ese perverso. (*Sale.*)

## ESCENA IV

### PARMENÓN, PITIAS

PARMENÓN. - (*A solas.*) Vuelvo para ver cómo se desempeña por aquí Querea. Si ha llevado la cosa con astucia, ¡oh soberanos dioses, qué honra tan grande y verdadera reportará Parmenón! Pues, pase-mos por alto que de una meretriz avarienta le conseguí, sin que debiera arrostrar ni disgustos ni gastos de ningún género, un amor muy arduo y costoso, a saber, la muchacha de que estaba enamorado. Hay también otro mérito, que a mi entender me asegura la palma del triunfo, y es haber hallado la manera de que un mozalbete pudiera conocer precozmente carácter y costumbres de las prostitutas, y así pu-diera después detestar perpetuamente a esa ralea. Cuando, en efecto, tales mujeres salen afuera, nada hay que parezca más pulcro ni más elegante; y cuando comen con su amante, se hacen las delicadas. Pero luego hay que ver su desaseo, sus harapos, su miseria; ¡qué feas cuando están solas en casa, y qué hambrientas: cómo devoran un pan negro remojado en la salsa de la víspera!... Conocer todo esto es la salvación de la juventud.

PITIAS (*que ha regresado durante el monologo*). - (*Aparte.*) Yo, por Pólux, tomaré venganza de ti, criminal, por lo que dijiste y por lo que hiciste; no sea que te hayas burlado de nosotras impunemente. (*Alto, fingiendo no ver a Parmenón.*) ¡Santo cielo! ¡Qué caso horroroso! ¡Oh infeliz jovencito! ¡Oh malvado Parmenón, que aquí lo has traído!

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¿Qué pasa?

PITIAS. - (*Alto, aparte.*) Me da lástima; y así, ¡pobre de mí!, me escapé acá afuera para no ver la sanción ejemplar que, según dicen, le van a aplicar.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Oh Júpiter! ¿Qué revuelta es esa? ¿Acaso estoy perdido? Me acercaré. (*Alto.*) ¿Qué es eso, Pitias? ¿Qué estás diciendo? ¿A quién van a aplicar una sanción ejemplar?

PITIAS. - ¿Eso me preguntas, desvergonzado hasta el tuétano? Por querer engañarnos a nosotras, has echado a perder a ese jovencito que trajiste en lugar del eunuco.

PARMENÓN. - ¿Cómo es eso? ¿Qué ha ocurrido? Dímelo.

PITIAS. - En seguida. ¿Sabes que esa chica que hoy le han obsequiado a Tais, es ciudadana de aquí y que su hermano es uno de los más notables?

PARMENÓN. - No.

PITIAS. - Y bien, así resulta ser. - Ese desgraciado la ha deshonrado. Apenas se enteró del caso, el hermano de ella, sujeto arrebatado...

PARMENÓN. - ¿Qué hizo?

PITIAS. - ... primero lo ató atrocemente.

PARMENÓN. - ¿Lo ató?

PITIAS. - No obstante que Tais rogara instantemente que no lo hiciera...

PARMENÓN. - ¿Qué me dices?

PITIAS.-... y ahora aun amenaza hacerle lo que se acostumbra con los adúlteros <sup>40</sup>, una cosa que yo ni he visto jamás ni querría ver.

PARMENÓN. - ¡Qué osadía, atreverse a una fechoría tan grande!

PITIAS. - ¿Cómo “tan grande”?

PARMENÓN. - ¿Acaso no es esta para ti la mayor? ¿Quién ha visto jamás en casa de ramera apresar a nadie por adúltero?

PITIAS. - ¡Qué sé yo!

PARMENÓN. - Pues, Pitias, para que no aleguen luego ignorancia, les digo y declaro que aquel es el hijo de mi amo.

PITIAS. - ¡Oh! Dime, te suplico: ¿Acaso es él...?

PARMENÓN. - ¡Que Tais no consienta se le haga la menor violencia! Pero, al fin y al cabo, ¿por

<sup>40</sup> Evidentemente Pitias se refiere, con una fórmula discreta, a la *eviratio* o castración. Era una de las sanciones que la ley griega e igualmente la antigua ley romana preveían para los adúlteros.

qué no voy yo mismo allá dentro?

PITIAS. - Mira, Parmenón, lo que haces, no sea que a él no le aproveches y, en cambio, te echas a perder a ti mismo; porque creen que todo lo ocurrido ha provenido de ti.

PARMENÓN. - ¿Qué he de hacer, pues, pobre de mí? ¿Qué puedo acometer? - Pero allá veo a nuestro viejo que vuelve del campo. ¿Se lo diré o no se lo diré? Se lo diré, por Hércules, aunque sé que me espera una pena severa; pero es algo indispensable para que él pueda prestarle ayuda al muchacho.

PITIAS. - Eso es ser cuerdo. Yo me voy adentro; tú cuéntale, punto por punto, todo lo que ha pasado.

## ESCENA V

EL ANCIANO (DEMEA o LAQUES), PARMENÓN

EL ANCIANO. - (*Sin ver a Parmenón.*) De mi chacra cercana saco este provecho: que jamás me has-tía ni el campo ni la ciudad. Porque, cuando comienzo a cansarme, cambio de sitio. - (*Viéndolo.*) Pero ¿es aquél nuestro Parmenón? Sí, ciertamente, él en persona. (*Acercándose.*) ¿A quién estás esperando, Parmenón, ahí delante de la puerta?

PARMENÓN. - ¿Quién es? ¡Oh, me alegro, amo, de verte venir sano!

EL ANCIANO. - ¿A quién aguardas?

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¡Pobre de mí! Por el miedo se me pega la lengua al paladar.

EL ANCIANO. - ¡Oh!, ¿qué pasa? ¿Por qué estás azorado? ¿No marcha bien todo? Dímelo.

PARMENÓN. - Señor, primeramente quisiera que tú creyeras la cosa como es: es decir, que cuanto aquí ha pasado, no ha pasado por mi culpa.

EL ANCIANO. - Pero ¿qué es eso?

PARMENÓN. - ¡Claro! Tienes mucha razón de preguntar; yo habría tenido que empezar poniéndote al corriente del caso. Compró Fedria un eunuco para hacerle un presente.

EL ANCIANO. - ¿A quién?

PARMENÓN. - A Tais.

EL ANCIANO. - ¿Así que lo compró? ¡Estoy perdido, por Hércules! ¿Y en cuánto?

PARMENÓN. - En veinte minas.

EL ANCIANO. - ¡Es mi ruina!

PARMENÓN. - Además resulta que Querea está enamorado de una tañedora de lira de esa casa (*in-dicando la casa de Tais.*).

EL ANCIANO. - ¿Eh? ¿Qué oigo? ¿Enamorado? ¿Ya sabe él lo que es una ramera? ¿Ha venido a la ciudad? ¡Una desgracia trae otra!

PARMENÓN. - Amo, no me mires así, que él no hace nada de eso por mis consejos.

EL ANCIANO. - Deja de hablar de ti, que si no me muero, yo, a ti, granuja... Pero expón primero la cosa tal como es.

PARMENÓN. - Lo condujeron allí, a casa de Tais, en lugar del eunuco.

EL ANCIANO. - ¿En lugar del eunuco?

PARMENÓN. - Eso es. Luego ahí dentro lo apresaron por adúltero y lo ataron fuertemente.

EL ANCIANO. - ¡Soy hombre muerto!

PARMENÓN. - ¡Mira hasta dónde llega la audacia de las ramera!

EL ANCIANO. - ¿Queda acaso alguna otra desgracia o daño que no me hayas contado?

PARMENÓN. - No, eso es todo.

EL ANCIANO. - ¿Qué espero para irrumpir ahí adentro? (*Entra en casa de Tais.*)

PARMENÓN. - (*A solas.*) No cabe duda que de esta aventura ha de venirme algún castigo grave; pero por lo menos, puesto que así me fue preciso hacer, me alegro de que por mi causa les haya de suceder algún disgusto también a esas bribonas. Porque hace ya mucho tiempo que el viejo buscaba algún pre-texto para darles una buena lección; ahora lo tiene.

## ESCENA VI

PITIAS, PARMENÓN

PITIAS. - (*Saliendo de casa de Tais y sin ver a Parmenón.*) Nunca, por Pólux, desde hace mucho, me había sucedido nada que más quisiese yo me sucediese como el hecho de que el viejo, hace un rato, entró en nuestra casa tan engañado. Solo a mí me dio risa, siendo la que conocía el temor que él tenía.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¿Qué será eso?

PITIAS. - Salgo ahora para verme con Parmenón. Pero, en nombre del cielo, ¿dónde estará?

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¿Qué será eso?

PITIAS. - ¡Oh, helo allí! Lo abordaré. (*Se acerca a Parmenón riendo a carcajadas.*)

PARMENÓN. - ¿Qué es eso, estúpida? ¿Qué quieres? ¿De qué te ríes? (*Pitias se ríe aún más.*) ¿Sigues todavía?

PITIAS. - ¡No puedo más! Ya estoy rendida, pobre de mí, a fuerza de reírme de ti.

PARMENÓN. - ¿Y por qué?

PITIAS. - ¿Lo preguntas? No, por Pólux, nunca vi yo ni nunca veré sujeto más tonto que tú. ¡Ah! No hay palabras suficientes para contar qué diversión acabas de darnos allí adentro. Y yo hasta aquí te había tenido por un tipo astuto y ladino. ¿Cómo? ¿Era un deber para ti creer en seguida lo que te dije? ¿Acaso no estabas contento del desaguizado que el joven a instigación tuya había consumado si además no denunciabas al pobrecito ante su padre? Porque ¿te figuras su estado de ánimo cuando su padre lo sorprendió con esa indumentaria? ¿Y entonces? ¿Te das cuenta ahora que estás perdido?

PARMENÓN. - ¿Eh? ¿Qué has dicho, malvada? Conque ¿has mentido? ¿Y encima te ríes? ¿Tan divertido te ha parecido, criminal, burlarle de nosotros?

PITIAS. - Divertidísimo.

PARMENÓN. - ¡Si es que de esta te libras sin castigo!

PITIAS. - (*Con ironía.*) ¿Hablas en serio?

PARMENÓN. - Sí, por Hércules, le pagaré en la misma moneda.

PITIAS. - ¡Puede ser! Pero tal vez tus amenazas son, Parmenón, para más adelante; a ti, en cambio, te van a colgar ahora mismo, porque haces famoso por sus maldades a un jovencito atolondrado y a la vez lo denuncias a su padre. Y bien, los dos te darán un castigo ejemplar.

PARMENÓN. - ¡Estoy muerto!

PITIAS. - Esos son los honorarios que te están reservados por los servicios que has prestado. Te dejo. (*Sale.*)

PARMENÓN. - (*A solas.*) Hoy, pobre de mí, como un ratón me he dejado atrapar por mi propia señal<sup>41</sup>.

## ESCENA VII

GNATÓN, TRASÓN, PARMENÓN

GNATÓN. - ¿Y ahora qué? ¿Con qué esperanza o con qué intención venimos acá? ¿Qué te propones hacer, Trasón?

TRASÓN. - ¿Yo? Entregarme a Tais y hacer lo que ella ordene.

GNATÓN. - ¿Cómo?

TRASÓN. - ¿Por qué haría yo menos que Hércules, quien se avino a servir a Onfale?<sup>42</sup>

GNATÓN. - Me gusta el ejemplo. - (*Aparte.*) ¡Ojalá la vea ablandarte la cabeza a zapatazos! - (*Alto.*) Pero ha sonado la puerta de su casa<sup>43</sup>. (*Sale Querea alborozado y trajeado todavía de eunuco.*)

<sup>41</sup> Según Donato, el ratón se traicionaría a sí mismo en la oscuridad por sus gritos.

<sup>42</sup> Onfale (u Onfalía), reina de Lidia, en Asia Menor. Se casó con Hércules después de obligarlo a que hilara a sus pies como una mujer.

<sup>43</sup> Para captar bien el alcance de esta frase, cf. Del Col, *Terencio: Formión*, p. 38-39, nota 78.



TRASÓN. - Estoy perdido. ¿Qué otro enredo es este? Jamás he visto a ese. ¿Por qué se precipita afuera tan de prisa? (*Se hace a un costado con Gnatón.*)

## ESCENA VIII

QUEREA, PARMENÓN, GNATÓN, TRASÓN

QUEREA. - ¡Oh, conciudadanos! ¿Hay alguien por ventura que sea hoy más feliz que yo? No, nadie, por Hércules. Pues los dioses han desplegado en mi favor todo entero su poder, acumulando sobre mí tantos bienes y tan de repente.

PARMENÓN. - (*Aparte.*) ¿Por qué viene tan contento?

QUEREA. - ¡Oh, querido Parmenón, inventor, promotor y ejecutor de todas mis dichas! ¡Si supieras por qué transportes de alegría me siento arrebatado! ¿Sabes que se ha descubierto que mi Pánfila es ciudadana?

PARMENÓN. - Lo he oído decir.

QUEREA. - ¿Sabes que es mi prometida?

PARMENÓN. - Así me amen los dioses como celebro eso.

GNATÓN. - (*A Trasón.*) ¿Oyes lo que él dice?

QUEREA. - Y además me alegro de ver en bonanza los amores de mi hermano; formamos una sola casa; Tais se ha encomendado a mi padre, poniéndose bajo nuestra clientela y tutela.

PARMENÓN. - Por lo tanto, Tais ya es toda de tu hermano.

QUEREA. - Naturalmente.

PARMENÓN. - Otra razón, pues, para alegrarnos: el soldado será arrojado a la calle.

QUEREA. - Procura tú que mi hermano, dondequiera que esté, se entere lo más pronto de todo.

PARMENÓN. - Iré a ver si está en casa. (*Sale.*)

TRASÓN. - ¿Por ventura tienes tú, Gnatón, alguna duda de que al presente estoy perdido para siempre?

GNATÓN. - No me cabe la menor duda.

QUEREA. - ¿A quién mencionaré primero o elogiaré más efusivamente? ¿Al que aconsejó la aventura o a mí que me atreví a intentarla? ¿O deberé ensalzar a la Fortuna, que fue nuestra guía y que tan oportunamente encerró tantas y tan grandes circunstancias en el espacio de un solo día? ¿O acaso la complacencia e indulgencia de mi padre? ¡Oh Júpiter, consérvanos, te conjuro, estos bienes!

## ESCENA IX

FEDRIA, QUEREA, GNATÓN, TRASÓN

FEDRIA. - (*Entrando, sin ver a los que están en escena.*) ¡Santos dioses! ¡Es increíble lo que acaba Parmenón de contarme! – Pero ¿dónde está mi hermano?

QUEREA. - ¡Aquí, al alcance de tu mano!

FEDRIA. - Estoy contento, ¿sabes?

QUEREA. - No me cuesta, no, creerlo. Nada hay, hermano, que sea más digno de amor que tu Tais, tan favorable para toda nuestra familia.

FEDRIA. - ¡Vaya! ¿A mí me la alabas?

TRASÓN. - (*Aparte.*) ¡Ay de mí! Menos esperanzas tengo y más la amo. ¡Por los dioses te suplico, Gnatón: en ti está mi esperanza!

GNATÓN. - ¿Qué quieres que haga?

TRASÓN. - Que, rogando o pagando, consigas que yo quede metido, aunque sea en un rinconcito, en la casa de Tais.

GNATÓN. - Es difícil.

TRASÓN. - Cuando tú tienes ganas... ¡ya te conozco! Si lo consigues, podrás pedirme cualquier regalo o recompensa, y verás satisfecho tu deseo.

GNATÓN. - ¿De veras?

TRASÓN. - Sí.

GNATÓN. - Pues si la consigo, exijo que tu casa esté abierta para mí tanto en tu presencia como en tu ausencia, y que, aun sin ser invitado, tenga yo en todo tiempo un puesto a la mesa.

TRASÓN. - Palabra de honor que así será.

GNATÓN. - (*Jubiloso.*) Me pondré, pues, en campaña.

FEDRIA. - ¿A quién oigo yo aquí? ¡Oh, Trasón!

TRASÓN. - Se los saluda.

FEDRIA. - ¿Ignoras tal vez lo que aquí ha pasado?

TRASÓN. - Lo sé.

FEDRIA. - Pues ¿cómo es que te veo todavía por estos parajes?

TRASÓN. - Contando con ustedes...

FEDRIA. - ¿Sabes con qué puedes contar? Te hago saber formalmente, soldado, que si en lo sucesivo acierto a encontrarme contigo en esta plaza, aunque me digas: "Buscaba a otro; por aquí simplemente pasaba", serás un hombre muerto.

GNATÓN. - (*En tono de ruego.*) ¡Vamos, que así no se hace!

FEDRIA. - Lo dicho, dicho.

GNATÓN. - No los reconozco con esta manera de hablar tan altanera.

FEDRIA. - (*Interrumpiendo.*) Así me porto yo.

GNATÓN. - Oigan primero: dos palabras. Y si lo que haya dicho les parece bien, háganlo.

QUEREA. - Oigamos.

GNATÓN. - Tú, Trasón, retírate un poquito a ese rincón. (*A los dos hermanos.*) Ante todo y vivamente quisiera que los dos me creyeran: cuanto hago, principalmente lo hago en atención a mi ventaja. Pero si eso mismo viene a ser ventajoso para ustedes, sería una tontería no hacerlo.

FEDRIA. - Pues ¿de qué se trata?

GNATÓN. - Estimo que han de aceptar al soldado como rival.

FEDRIA. - ¿Cómo? ¿Aceptarlo?

GNATÓN. - Piensa un poco: tú por Hércules, Fedria, viviendo a gusto con ella (y es un hecho que te das buena vida), tienes poco que dar, mientras Tais necesita recibir mucho. Para dar abasto a tu amor y sin gasto de tu parte, para todo esto no hay persona más a propósito ni más útil para ti que Trasón. Por de pronto, tiene mucho que dar y nadie hay que dé con más esplendidez. Además, es sonso, soso, perezoso; ronca de día como de noche; no tienes por qué temer que se enamore de él alguna mujer: fácilmente lo expulsarías cuando quisieras.

QUEREA. - (*A Fedria.*) ¿Qué hacemos?

GNATÓN. - Y después, aun posee una cualidad que a mi parecer es más importante que todas las demás: no hay hombre en el mundo que sepa invitar mejor que él ni con más esplendidez.

QUEREA. - Me pregunto si, de todos modos, no nos haga falta un sujeto como ese.

FEDRIA. - Lo mismo opino yo.

GNATÓN. - Y tienen razón. Una sola cosa les pido todavía, y es que me reciban en su compañía; bastante tiempo llevo ya haciendo rodar a esta roca <sup>44</sup>.

FEDRIA. - Te aceptamos.

QUEREA. - Y de buena gana.

GNATÓN. - Pues bien, a cambio, yo les ofrezco, Fedria y Querea, a este <sup>45</sup> para que se lo coman vivo y se diviertan a sus expensas.

<sup>44</sup> *Satis diu hoc iam saxum verso* (v. 1085). Donato piensa que aquí se alude a la roca de Sísifo, pero puede verse también un insulto a Trasón. Plauto califica igualmente de *saxum* a su *Miles Gloriosus* en el verso 1024.

<sup>45</sup> Alude a Trasón.

QUEREA. - De acuerdo.

FEDRIA. - Es lo que se merece.

GNATÓN. - Trasón, cuando quieras, puedes acercarte.

TRASÓN. - Dime, por favor, ¿qué hacemos?

GNATÓN. - ¿Qué hacemos? Esta gente no te conocía; pero después que revelé tu carácter y te ensalcé conforme a tus hazañas y méritos, lo obtuve todo.

TRASÓN. - Muy bien. Te quedo sumamente agradecido. (*Complaciéndose.*) Yo jamás he estado en parte alguna sin que todos me quisieran con locura.

GNATÓN. - ¿No les dije yo que en él encontrarían la finura ática?

FEDRIA. - En nada te excediste. Pasen por aquí.

EL CANTOR. - (*A los espectadores.*) ¡Que les vaya bien y aplaudan!

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS<sup>46</sup>

COROMINES Joan - COROMINES Pere, *P. Terenci Àfer, Comèdies*, vol. II (*L'Eunuc*), Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1956.

CHAMBRY Emile, *Térence, Comédies*, t. I, París, Garnier Frères, 1948.

DEL COL José Juan, *Terencio: Formión*, en “Cuadernos del Instituto Superior Juan XXIII”, 6 (1984).

DEL COL José Juan, *Terencio: Los hermanos*, en “Cuadernos del Instituto Superior Juan XXIII”, 16 (1994)

DUCKWORTH George E., *The Complete Roman Drama*, vol. II, New York, Random House, 1967 (VIII impr.).

MAROUZEAUJ., *Térence*, t. I (*Andrienne - Eunuque*), París, «Les Belles Lettres», 1963 (III ed.).

PARATORE Ettore, *Storia del Teatro Latino*, Milán, Dr. Francesco Vallardi, 1957.

RADICE Betty, *Terence, The Comedies*, Bungay (Suffolk), Richard Clay (The Chaucer Press), 1976.

RUBIO Lisardo, *P. Terencio Afro, Comedias*, vol. I (*La Andriana - El Eunuco*), Barcelona, Alma Mater, MCMLVII.

SERAFINI Augusto, *Storia della Letteratura Latina*, Turín, Società Editrice Internazionale, 1962 (reimpr.).

<sup>46</sup> Se señalan tan solo las obras citadas. Para una bibliografía más amplia sobre Terencio y su teatro, remitimos a nuestro estudio “*Los hermanos*” de Terencio, p. 21-22.